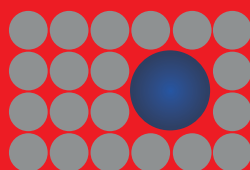


**CONCURSO DE CUENTOS SOBRE ADICCIONES
PARA JÓVENES DE HASTA 35 AÑOS**



Los jóvenes y la creación

Contá el final
de la historia

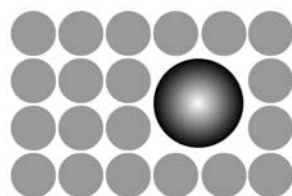


GRUPO DIEZ

ASISTENCIA Y PREVENCIÓN
DE LAS ADICCIONES

Grupo Diez de Asistencia y Prevención de las Adicciones
en el marco del Programa Argentina Previene 2019 de Sedronar

CONCURSO DE CUENTOS
Los jóvenes y la creación 2020
“Contá el final de la historia”



GRUPO DIEZ
ASISTENCIA Y PREVENCIÓN
DE LAS ADICCIONES

Los jóvenes y la creación: contá el final de la historia / Susana Gutiérrez Posse... [et al.]- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Grupo Diez, 2020. 44 p.; 29 x 21 cm.

ISBN 978-987-47044-1-2

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. 3. Prevención de Adicciones. I. Gutiérrez Posse, Susana.

CDD A863

Diseño y armado: Gabriela Cosin

ISBN: 978-9

© 2018 Grupo Diez

Guatemala 4260. PB. Dpto G. (CPA 1425) Buenos Aires, Argentina

(5411) 4866 6549 | 15 40 45 38 78

info@grupodiez.com.ar

www.grupodiez.com.ar

LIC SUSANA GUTIÉRREZ POSSE
Directora

DRA IRENE SAPOZNICOFF
Directora Medica

LIC. ANDREA DOUER
Directora Asistencial

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Apoyaron el proyecto:



ASOCIACIÓN
PSICOANALÍTICA
ARGENTINA



Asociación de Psiquiatras
Argentinos



ASOCIACIÓN
PSICOANALÍTICA
DE BUENOS AIRES



ENTRELAZAR
Centro de Investigación y
Tratamiento de la Adicción al Juego



FMG
Fundación Memo Giardinelli
Leer abre los ojos

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Susana Gutiérrez Posse
5

LOS JURADOS

8

CUENTO AMIGOS

Susana Gutiérrez Posse
11

FINALES PREMIADOS de AMIGOS

17

CUENTO AZUQUÍTAR

Gilda Bona
28

FINALES PREMIADOS de AZUQUÍTAR

34

LOS GANADORES Y MENCIONES

41

AGRADECEMOS A:

Liliana Heker

Fundación el libro

Mauricio Koch

Lucía Iaragione

Débora Blanca

Gilda Bona

Gabriela Cosin

Asociación Psicoanalítica Argentina

Asociación de Psiquiatras Argentinos

Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires

Centro de Vida. Salud Mental y Adicciones

Agencia de Prevención, Asistencia del Abuso de Sustancias
y de las Adicciones. Gobierno de Río Negro

Entrelazar. Centro de Investigación y Tratamiento de la Adicción al Juego

Proyecto Suma. Asistencia y Rehabilitación en Salud Mental

Fundación Mempo Giardinelli

Argentina Previene 2019, Sedronar

Introducción

Susana Gutiérrez Posse

El concurso de cuentos Los jóvenes y la creación 2020: Contá el final de la historia, es una iniciativa de la Asociación Civil Grupo Diez de asistencia y prevención de las adicciones que tiene como objetivo sumarse al Programa de prevención a través del arte que la institución viene realizando desde el año 2002. Se desarrollaron desde entonces concursos vinculados al teatro, a la dramaturgia y puestas en escena de obras breves. Los programas fueron seleccionados, y dos de ellos subsidiados, por Argentina Previene, Sedronar.

El concurso convoca a jóvenes menores de 35 años a reflexionar sobre el consumo a través de la narrativa, escribiendo el final de dos cuentos, cuyas temáticas están vinculadas a las adicciones. Los relatos se presentaron inconclusos para que el concursante pueda contar el final de cada una de las historias y se difundieron en las redes y en todos los medios de comunicación que fueron posibles en este tiempo en que nos encontró atravesando la pandemia COVID-19.

El Concurso tiene como objetivo promover el interés por la literatura, se intenta estimular no sólo la escritura sino también fomentar la lectura para que los jóvenes puedan desplegar sus alas con mayor fuerza y con imaginación sobre un tema que les resulta muy cercano, el consumo de drogas suele despertar curiosidad y deseos de experimentar en este período de la vida.

Se los convoca a tomar una posición a través de los personajes de los cuentos frente a las situaciones de conflicto donde están incluidos los vínculos, y el modo de relacionarse cuando hay consumo de por medio. Las historias nos muestran las posibles consecuencias a las que se puede estar expuestos, fragmentos de algunos finales dan cuenta de ello:

".....Andrés pide perdón una y otra vez; sus lágrimas planean como ramitas por los aires. Aún tengo bronca. Nuestra amistad está resquebrajada. Hay cosas de las que no se vuelve así nomás." Franco.

"Al entrar a casa, sentí que estaba a salvo de todo aquello, o casi a salvo. Cerré la puerta de ingreso con mi propia espalda. Sentí las piernas aflojarse y me dejé caer apoyándome sobre la puerta. Allí, en el suelo me quedé sentado, en espera. Pelota parada. El árbitro determinaría si hubo falta o infracción." Claudio.

“Nanda se subió a una silla y, con la botella de agua como micrófono, se hacía la mexicana. Ahí me di cuenta de que extrañaba a esa Nanda, a mi amiga de toda la vida. A una Nanda que había dejado de ser mi Nanda hacía ya un tiempo”. **Ailén.**

“Perra vida. Pienso en Andrés. En Luciana. En los porros de Andrés y Luciana. Y entiendo que todos, de alguna forma, intentamos huir de lo que nos duele hundiéndonos en un dolor aún más profundo.” **Guadalupe.**

“La cara de Andrés se vuelve más blanca que un papel. Luciana se dá cuenta y mete la excusa que tenemos que ir a hacer un trabajo práctico. Sin decir una sola palabra, los tres nos damos vuelta y empezamos a caminar hacia mi casa. Acostado en mi cama, Andrés se pregunta una y otra vez cómo va a zafar de la deuda”. **Carolina.**

*“-Gonzalo, esto no da para más.
Y me doy cuenta de que ella está mal. Pero la veo de perfil, tan linda, con los ojos llorosos. Pienso en besarla, pero se levanta. No está como cada vez que fuma porros. No está inspirada, está como con el alma lejos de su cuerpo”.* **Josefina.**

“Los escuché recién en el ascensor. Estaban a los gritos, los dos llorando. Sergio estaba muy drogado, se le notaba fácil, sin mirarlo. Nunca había presenciado de esa forma una discusión entre Nanda y Sergio. Ella a veces me las contaba, pero en su relato siempre procuraba dejarlo bien”. **Rocío.**

La presente publicación incluye los dos cuentos completos “Azuquitar” escrito por Gilda Bona y “Amigos” escrito por mi, los tres finales ganadores y cuatro nominaciones. Dos de ellas elegidas entre los nueve menores de edad que se presentaron.

Se recibieron un total de 35 finales y se seleccionaron los premiados, sin orden de mérito, considerando la calidad literaria y teniendo en cuenta que el relato estuviese enmarcado en la temática propuesta. El premio a los tres ganadores se compone de una suma de dinero y la publicación. Y los nominados reciben como premio la publicación.

Han participado jóvenes de la Ciudad de Buenos Aires y de diferentes provincias: Córdoba, Corrientes, Mendoza, Santa Fe, de la Provincia de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires.

Es de destacar que recibimos finales de cuentos de quienes se hallan en situación de encierro, desde centros de detención alentados por sus profesores y desde comunidades terapéuticas. Todos respondieron a la propuesta de atenerse a este tema en particular, presentando narraciones originales, dando valor a la palabra para contar lo que cada uno eligió contar.

El jurado estuvo integrado por dos escritores de trayectoria, Lucía Laragione y Mauricio Koch y una profesional licenciada en psicología especializada en el tema de las adicciones, Débora Blanca. Nuestro agradecimiento por el tiempo dedicado y el compromiso en la lectura valorando la sensibilidad, el pensamiento crítico y la creatividad de cada uno de los textos.

Nos hace muy felices compartir el momento en que anunciamos al con-

cursante que ha sido merecedor del premio, su alegría por recibir el reconocimiento es un mensaje alentador y esperamos sea un incentivo para seguir escribiendo. De nuestra parte, está el compromiso de difundirlo otorgándole el valor social que tiene una publicación.

Agradecemos a todos por su entusiasmo en concursar, ellos son en definitiva quienes hacen posible este grato proyecto que nos anima a continuar generando acciones preventivas a través del arte.

Grupo Diez invita a los jóvenes a seguir participando en próximas convocatorias en las que se puedan expresar, dando a conocer sus reflexiones en las diferentes áreas del arte, brindándonos la oportunidad de conocer los mundos a los que la imaginación logró transportarlos.



Jurados

Débora Blanca

Psicóloga egresada de la Universidad de Buenos Aires (1992), especializada en ludopatía. Psicoanalista.

Fundadora y Directora de Lazos en juego, equipo de Capacitación y tratamiento en ludopatía. Divulgadora en medios de comunicación.

Representante de la Argentina en la I Jornada Investigación en el Juego patológico, una visión ibero-latinoamericana en Madrid, y Conferencista en el Hospital de Bellvitge, Barcelona, año 2016. Disertante en la I Jornada de Adicciones sin sustancia, Juego patológico en Pamplona, y en la II Jornada Científica de investigación en el tratamiento en Juego patológico en Madrid, año 2017. En 2019 dictó una Master Class en la Universidad de Deusto, Bilbao, presentó en Congreso de Adicciones comportamentales de Varsovia y en el Colegio de Psicólogos de Madrid.

Disertación-video en Varsovia (Polonia) en la Conferencia sobre Ludopatía y Adicciones comportamentales, 2018. Disertación-video en Palermo (Italia) sobre Ludopatía y mujer, marzo 2019.

Tres libros publicados: *La adicción al juego, ¿no va más?* (2006), *Tratado sobre el juego patológico. Aspectos sociales, enfoques psicológicos, tratamientos* (compilado con Mauro Croce, 2012) y *Cuando el juego no es juego ¿es una adicción* (compilado con Susana Jimenez Murcia, 2016). Autora en el libro *Gambling disorders in Women*, de Fulvia Prever Y Henrietta Bowden-Jones.

Fue un desafío placentero formar parte del jurado de este concurso literario. Soy psicóloga especializada en adicción al juego, y lo ficcional me inspira permanentemente en mis presentaciones y clases.

Leo ficción, todo lo que el tiempo me permite (bastante menos de lo que quisiera...), pero haber tenido la posibilidad de leer tantos escritos, su diversidad, observar la lectura que cada concursante tiene respecto de las adicciones, el intercambio con los escritores Lucía y Mauricio, así como con Susy en sus funciones de convocar-orientar-motivar, todo constituyó para mí una experiencia muy interesante.

¡Gracias por la convocatoria!

Mauricio Koch

Creció en Hernández, Entre Ríos. Su cuento "Cenizas" fue premiado en el Concurso de cuentos Haroldo Conti, en 2007. Su libro de cuentos *El lugar de las despedidas* (La Parte Maldita, 2014) recibió el Segundo Premio en el Concurso Nacional de Narrativa Eugenio Cambaceres, organizado por la Biblioteca Nacional. En 2016 publicó *Cuadernos de crianza* (Paidós), un diario íntimo sobre la relación con su hija, Gretel. *Los silencios* (Conejos, 2017) es su primera novela. Coordina el ciclo de lectura *Bienvenido, Bob*. Nació en Villa Ballester, en 1974.

Participar como jurado del concurso de Cuentos de Grupo Diez fue una experiencia interesante, además de un desafío y una responsabilidad. Tener acceso directo a la escritura de las nuevas generaciones, poder ver cuál es la relación que tienen con el lenguaje y con el oficio de contar historias, y luego intercambiar impresiones con Susana, Lucía y Débora fue muy enriquecedor para mí. Al ser un concurso destinado a los jóvenes y que además proponía un tema específico, en este caso las adicciones, tuve la posibilidad de leer qué piensan o cómo ven ese fenómeno los chicos de hoy, y fue una alegría, en medio de este contexto tan complejo, comprobar que todavía hay muchos, incluso jóvenes que están en rehabilitación, que ven en la palabra y en el arte una herramienta para canalizar y expresar ese mundo y quizás, por qué no, uno de los posibles caminos de salida. Siempre rodea al arte la pregunta de ¿para qué sirve? Quizás haya que hacerse menos esa pregunta que siempre recibe respuestas difusas, y mirar más los resultados.

La decisión final siempre es subjetiva, pero la abordamos con respeto por todos los textos, y los cuatro coincidimos en que debíamos darles prioridad a aquellos cuentos que además de cumplir con la consigna, supieron atrapar en esas páginas un destello de belleza. Porque, como dijo Oscar Wilde, vicio y virtud son para el artista materiales de un arte, y el artista es, siempre, sin importar lo que pase allá afuera, el creador de cosas bellas.

Gracias por haberme invitado y por permitirme ser parte.

Lucía Laragione

Nacida en Buenos Aires.

Formada como narradora y dramaturga con maestros como Jaime Rest, Santiago Kovadloff, Tamara Kamenszain, Mauricio Kartun.

Autora de teatro y de cuentos y novelas para niños y jóvenes. Su obra *Cocinando con Elisa*, se estrenó en Madrid en 1995 en el teatro Cuarta Pared, con dirección de Juan Antonio Hormigón, luego de recibir el premio María Teresa León otorgado por el Instituto de la Mujer y la Asociación de Directores de Escena. En 1997, se estrenó en el Teatro del Pueblo con dirección de Villanueva Cosse. Varias y diferentes puestas la llevaron a Lisboa (1999), Grenoble (Francia, 2001), Missouri (EE.UU, 2011), Luxemburgo (2013), Johannesburgo (Sudáfrica, 2015). Esta obra recibió también el Segundo Premio Municipal en el Concurso de Teatro del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (1998).

Ha escrito, estrenado y publicado también *Criaturas de aire* (Premio Trinidad Guevara en el rubro autor del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, 2005, Primer premio en el Concurso de Teatro del Gobierno de la Ciudad de Buenos

Aires correspondiente al bienio 1998/1999), *El reino de las imágenes nítidas*, (Mención especial en el 6º concurso de obras de teatro del Instituto Nacional de Teatro) y obras breves y monólogos como *El silencio de las tortugas*, *La fogarata*, *1º de mayo*, *El ganso del Djurgarden*, *Mía* y las obras infantiles *Palabristas* y *La comedia de Romeo y Julieta* esta última en coautoría con Juan Ruy Cosin.

Entre sus cuentos y novelas para niños, publicados en su mayor parte por Alfaguara infantil y juvenil (ahora colección "Loqueleo" de Santillana), están *Amores que matan*, *El mar en la piedra* (Mención de honor en Literatura Infantil y Juvenil en el Premio Nacional (bienio 1993/1994), *Tratado Universal de Monstruos*, Mención de honor en el Concurso de Literatura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, (bienio 1998/1999).

Fui convocada por la licenciada Susana Gutiérrez Posse para participar como una de lxs juradxs del concurso "Contá el final de la historia". Siempre es grato para mí colaborar en los proyectos creativos que lidera Gutiérrez Posse en relación al tema de las adicciones. Estimular a los jóvenes a la creación, impulsar la imaginación, la fantasía, el deseo, es un camino vital que se contrapone al vacío al que conducen este tipo de consumos.

Treinta y cinco participantes de diferentes lugares del país, entre los treinta y tres y los trece años, respondieron a la convocatoria. La diferencia en el rango de edad fue notoria en las resoluciones creativas para encontrar los finales de los cuentos, pero no impidió al jurado, que tuve el gusto de integrar junto a Débora Blanca y Mauricio Koch, elegir alguna de las propuestas más adolescentes. El resultado se verá en esta publicación de los textos elegidos. Algunos de los ganadores, ya han tenido la experiencia de ver sus producciones en letra impresa, para otros este libro será el debut. Para unos y para otros, constituirá, sin duda, un motivo de estímulo y alegría.



Escribí el cuento "Amigos" escuchando voces muy cercanas a mi experiencia como terapeuta. Es un relato breve realista, se trata de un encuentro que contiene la historia de cada uno de los personajes: un grupo de jóvenes que se reúnen cotidianamente en una esquina de barrio atraviesan una situación límite donde se pone en juego el motivo que los une. ¿Es la amistad? ¿Son amigos?

La idea de escribirlo me recordó una frase que quedó marcada en mi memoria: "leemos no para entender el mundo sino para sentir que lo entendemos". Y ahora, ¿cómo se completa en la cabeza de cada uno de ustedes este final de la historia que ha quedado inconclusa? ¿Serán ustedes cómplices del relato?...

Susana Gutiérrez Posse. Psicoanalista y Dramaturga. (UBA) Directora de Grupo Diez, Asistencia y Prevención de las adicciones. Desde ese marco realiza prevención comunitaria a través del arte. Desarrolla proyectos teatrales estrenados y publicados con autores de España y México. Entre sus obras dramáticas se destacan *Brilla por ausencia* y *Victoria*, por las cuales recibe premios y nominaciones del Fondo Nacional de las Artes, del XXIII Premio Tirso de Molina de España, Premio ACE a mejor autor nacional, Premio María Guerrero, Premio Florencio Sánchez. *Victoria* recibe el Tercer Premio Nacional de Dramaturgia de Secretaria de Cultura. Otras de sus obras están publicadas en *Brilla por ausencia*, Editorial Interzona. Realizó tareas docentes en la Universidad del Salvador y en la UBA. Es autora de trabajos teóricos publicados en libros y revistas de psicoanálisis.

AMIGOS

Susana Gutiérrez Posse

Desde la ventana de mi cuarto, lo veo a Andrés sentado, como siempre, en el escalón de la casa abandonada; si no fuera por nosotros, toda la vereda y la escalera ya estarían cubiertas por la hiedra.

La veo llegar a Luciana. Esta vez está sin ese maldito perro que tiene por costumbre olerme las bolas. A ella le da risa, y yo también me río, ¿qué otra cosa puedo hacer? Me gusta mirarla. Se cortó el pelo, demasiado para mi gusto, tiene tan lindos rulos, bucles creo que les dicen, pero parece que a ella le molestan y se la pasa tirándose los rulos para atrás, despejándose la frente. Lo hace todo el tiempo, aunque el pelo no le caiga sobre los ojos. Andrés le toca la cabeza. Y ella ríe. A ella todo le divierte. Se ríe de sí misma, de nosotros, de los demás. Es alegre de nacimiento. No como yo, "amargo obrero", como me dice mi vieja. De dónde habrá salido eso... amargo obrero. Nunca le pregunté.

Espero un rato más para ir, no voy a salir como un desesperado ni bien llega. "Hola Luciana, ¿qué tal, cómo están? ¿Qué tal Andrés? ¿Hace mucho que llegaron? Tengo una noticia que les va a gustar". No, no, qué sé yo si les va a gustar... Mejor les digo: "¿Saben? Me seleccionaron para jugar en primera división, a partir del lunes empiezo a entrenar tres veces por semana y después cuatro, así que no creo que pueda venir tan seguido". ¡Eso! Así les voy a decir. Ellos no se toman muy en serio lo bien que juego. Tres goles hice en la canchita, y cre-

yeron que fue de casualidad. Al primero que voy a impresionar cuando se los diga va a ser a Andrés... y a Luciana, no sé, mucho no le interesan los deportes, estudia artes o algo así, artes plásticas dijo, fuma porro para inspirarse, dice que los artistas se drogan con lo que encuentran. Un día voy a invitarla al club: en el bar siempre cuelgan cuadros, hacen exposiciones de pintores y las cambian todo el tiempo, eso le puede gustar. Tengo que ver cómo se lo digo sin que escuche Andrés. Él, como no tiene nada que hacer, se suma en todas. Muchas veces pasa las horas sentado en el escalón de la casa abandonada. Yo lo miro y me pregunto qué hace con ese palo toda la tarde... agarra el palo y dale que dale dibuja círculos sobre la vereda. En la esquina el tiempo no cuenta. A veces me siento con Andrés aunque ella no esté, así no quedo en evidencia. Luciana siempre saca temas: que leyó tal libro, que vio tal película; sin ella, nosotros no sabemos de qué hablar.

Decido ir. Cuando empiezo a caminar y veo que aparece el puto viejo, estoy a punto de volverme pero ya me vieron y no me gusta mostrarme arrepentido. Me tomaría un trago. Lo primero que me dice Andrés cuando me ve es por qué camino arrastrando los pies. Le digo que estoy cansado y enseguida el viejo hace su comentario de mala onda:

—¿Cansado de qué? Si ni al colegio vas.

Prefiero no contestarle, él tampoco parece esperar mi respuesta. Como siempre, su único interés es venderle porro a Andrés.

—Tomá, agarrá, con eso no hacés nada. Después me lo pagás —le dice.

Pero Andrés no los quiere. No sé cuántos porros le quería dar. André dice que le dé uno, pero la mira a Luciana y acepta dos.

El viejo insiste con diferentes argumentos, que es hachís puro, que es buenísima, que no cuesta mucho más que la de siempre... Hasta que no termine con su negocio, el viejo no va a parar. Y yo ahí sin poder dar mi noticia. Sigue hablando de lo buena que es la yerba y salta a halagarle la campera a Andrés. Que qué buena calidad, que quién se la compró y así. El tipo quiere parecer simpático y entrador. Andrés le cuenta que se la trajo el padre de su último viaje. El padre es empresario, viaja mucho, tiene un auto de alta gama; más de una vez lo vi entrar al garage. A nosotros apenas nos saluda. Creo que no le gustamos. Luciana lo saluda con una sonrisa de oreja a oreja. Yo, parco, como es mi costumbre. Amargo obrero.

Y el viejo sigue:

—¿No querés un par más, así ya tienen para el fin de semana? Yo sé lo que te digo, después me vas a llamar y ya no voy a tener.

Andrés le dice que es suficiente para los tres.

No sé por qué me incluye a mí, si yo no fumo. Luciana le pregunta a Andrés cuánta plata le debe a Santiago, así se llama el viejo. Y Andrés, levantando la voz, aclara:

—¡Le debemos!

Empieza todo un tironeo sobre quién debe a quién y el viejo aclara enseguida que el deudor es Andrés. Más allá de quién fume o no. La deuda es de Andrés y aclara que él se maneja con gente de palabra... Y sí, obvio, más que palabra, con gente de plata y yo no tengo ni un peso y Luciana siempre dice que ella no compra, que si la convidan, ok, pero que no pone un peso.

De repente, no sé por qué, el tipo me empieza a mirar, yo le sostengo la mirada. Me pregunta con muy mal tono:

—¿Y vos? ¿Sos mudo?

Andrés interviene y le dice que yo soy de otro palo. Pero algo tengo que decir, no puedo seguir callado y parecer un boludo.

—Prefiero la cerveza —digo. Y otra vez el viejo, dale con su sermón: que el alcohol te revienta el hígado, que lo que él vende es natural, sanísimo, que si hiciera daño “yo no lo voy a andar ofreciendo. Yo también tengo hijos, tres. Además, ¿cuántas birras te tenés que tomar para colocarte, para estar con onda? Y encima te sale mucho más caro. ¿Y esta, no la conocen? Es un flash total, la probás una vez y... ¡otra que el porro! El mejor de los viajes”.

Andrés le retruca que no siga ofreciendo, que el que tiene que pagar es él y que todavía no le dijo cuánto le debe.

Luciana está por encender el porro, pero el tipo la detiene de un empujón.

—¡Ni se te ocurra prender! Esperá a que me vaya y después hacé lo que quieras. ¿Cuánto me debés? Y... unos miles.

Andrés lo mira con cara de espanto ante semejante cifra. Yo no tengo dudas de que el tipo es un aprovechador. Lo calé de una.

La conversación se va poniendo cada vez más enredada. Pero el viejo no se detiene, quiere ganar plata y ofrece otra droga que dice que agudiza los sentidos... Pienso que esa sí me convendría probar, porque en más de una oportunidad me distraigo, el entrenador me dice “concentración, pibe, concentración”. Pero claro, está el tema del *doping*: ahora no me van a hacer el test, pero jugando en primera, no sé. Por las dudas no me arriesgo. Con el alcohol no tengo problemas: calculo los días como para llegar bien, limpio. Últimamente me estuve pasando. Será que es así como dicen, que para colocarse se necesita tomar cada día un poco más. No creo, mi vieja toma parejo desde hace años. Y ahora que le empecé a sacar, parece que no se da cuenta.

No veo la hora de que se vaya este forro para poder contarles. No tuve una sola oportunidad para hablar y adelante del viejo ni pienso. De repente, me sorprende el tono de voz de Luciana preguntando si es cocaína. Dice:

—Le tengo unas ganas... pero no me animo, seguro que, como soy, me quedo pegada.

Y otra vez le da pie al tipo para que dé sus argumentos sobre las virtudes de la cocaína. Hacen unos chistes que no alcanzo a entender, que el talco, que la harina, no sé, se ríen. Como siempre, a ella todo le causa gracia. No me gusta cómo la mira el viejo. Me toma de sorpresa cuando me dice:

—A vos sí que te vendría bien un toque de algo, ¡tenés una cara de amargado!

Le contesto de mal modo que es mi cara de siempre. Luciana se ríe. En ese momento recuerdo cuando la semana pasada fui a darle un beso y me dijo que tenía aliento a perro. Así dijo. A perro. Y puso cara de asco. No le respondí. Fue al otro día de haber tomado media botella de vodka. La había traído el amigo de mamá junto con dos de champagne y dos vinos. El pelotudo a mí me trae pome-lo. Falta que me traiga chocolatada. A mamá no le gustan las bebidas blancas, así que me serví creo que cuatro veces y me la tomé haciendo fondo blanco. De paso la ayudé a mamá a tomar menos. Un acto solidario. Me gusta sentir el

alcohol en la boca, y después seguir el recorrido dentro de mi cuerpo. Cómo va quemando, un fuego intenso con el que vibra cada partícula de mi ser. El vodka es lo mejor, con la cerveza no tenés esas sensaciones.

La miro a Luciana; bueno, la miro todo el tiempo. La mirada de Luciana se transforma, abre los ojos muy muy grandes, pienso que me está leyendo el pensamiento. Pero no, susurrando dice:

—¡La cana!

Una luz nos ilumina, una luz azul intermitente. Es un patrullero. Sin dudar, me levanto del escalón donde estaba sentado y siento una presión en el brazo. El viejo me retiene.

—Quieto —dice—. ¿Cuántos años tenés?

Le respondo y forcejeo para que me suelte. Pero no, presiona más fuerte mi antebrazo. En apenas un segundo, mete una bolsa dentro de mi campera dándome una orden:

—¡Guardá esto! ¡Escondelo! Y si preguntan, les decís que la compraron ayer para repartir entre los tres y que yo vine para ver si tu viejo nos consigue entradas para la cancha. Mañana, Boca.

—De ninguna manera, yo no voy a decir eso.

Y amago con sacar la bolsa de adentro de mi campera. Y ahí es Luciana quien me empuja diciendo que haga lo que él dice, que él sabe. ¿Luciana está del lado del viejo de mierda? Me da bronca y vuelvo a meter la mano en mi campera. Que la tenga otro. ¿Por qué yo? Andrés también se levanta, me parece que está por llorar.

—Yo ya fui en cana, tengo una entrada. Por favor, Gonzalo —me dice—. Mi viejo me mata.

Santiago está demasiado tranquilo, raro, y con su voz calma dice:

—No hay que mostrar miedo, yo sé lo que les digo.

Sí claro que él sabe, qué miedo va a tener si me encajó la bolsa a mí. Y se lo digo:

—Te aviso que yo cuento todo, yo no tengo nada que ver, nunca consumí las mierdas que vos vendés.

Luciana me mira, muy seria. Nunca la vi así, solo la conocía sonriendo. Me pregunta:

—¿Somos amigos o no somos amigos?

Otra vez me resuena su voz... aliento de perro. Mientras, Andrés relata con precisión lo que hacen los canas, es el único que está de frente a la casa de empanadas donde se estacionaron. Repite una y otra vez “¡mi viejo me mata!”. ¿Ahora se da cuenta? Si él fue el que nos metió en este lío. Me sale de repente y les grito:

—¡Mi vieja nunca quiso que esté con ustedes! Porque me iban a traer problemas.

Andrés se enfurece:

—¡Si no estás con nosotros con quién, si a vos no te da bola nadie! Mirate cómo estás vestido. ¡Si vas en cana, mejor, a tu vieja le hacés un favor! Más guita para emborracharse tranquila.

Le digo que no se meta en mi vida, pero deseo que la cana se los lleve a los tres.

Luciana pregunta si siguen mirándonos; tiene una expresión en la cara que no reconozco, está fea. Santiago le dice que se tranquilice, que hay que seguir así como estamos, charlando, y ahora: “¡Vamos a reírnos a carcajadas!”, ordena. Yo no voy a obedecer, hacer esa pantomima, ¡reírme! Lo que me falta. Que se jodan, yo tengo 17, a mí no me llevan. Los del club pueden dar las mejores referencias, contarles que pasé a primera, que fui seleccionado entre varios; ni siquiera me vieron alguna vez borracho.

Me levanto decidido, saco la bolsa de mi campera, dispuesto a encajársela al viejo. En el momento en que estiro el brazo, siento algo frío en el estómago, un ardor. Escucho su voz:

—¡Quieto, pendejo! ¡Reíte! Vamos, ríanse los tres, acabo de contarles un chiste, ¡vamos a reírse!

Alcanzo a ver el brillo de la navaja sobre mi estómago, mientras el viejo suelta una carcajada. La luz del patrullero ilumina la sonrisa de Luciana, sus dientes blancos y su boca ancha: parece el Guasón. El auto, que había arrancado, disminuye la marcha al pasar frente a nosotros. Se oye cómo latan nuestros corazones. Pasa lenta, muy lentamente. Sentimos la mirada de los policías... Y sigue de largo.

Estoy confuso, no puedo detener las carcajadas, son temblores y arcadas. Algo muy raro en el cuerpo. Como cuando me tomé el vodka. A lo lejos oigo la voz de Santiago que me pide la bolsa. Dice:

“Zafamos”. Pero también que ya los tienen vigilados, y no sé qué otras cosas dice. Andrés pregunta:

—¿Y ahora qué hago? Yo vivo acá, me van a ver todos los días.

El viejo larga una carcajada mientras con un gesto confianzudo despeina a Luciana.

—¡Ah, pendejos, cómo se cagaron! —Pasa del tono de jolgorio a la pregunta. —¿Dónde está la plata?

Andrés le explica que no tiene, que la semana pasada le chocó el auto al padre, y que por unos días no le va a dar ni un mango. El viejo nos mira a Luciana y a mí y nos pide que le mostremos los bolsillos. Nos palpa. Me da tanta bronca que nos toquetee que le digo que no pienso darle ni un peso; igual mis bolsillos están vacíos. Y Luciana, ni bolsillos tiene. Con su re mala onda, el viejo dice que nosotros estamos con Andrés por la guita, le dice: “Flor de amigos te echaste”. Horrible decirle eso. Andrés insiste diciéndole que ya le va a pagar, le devuelve los porros que le trajo, le pide que se vaya, que él le va a avisar cuando consiga la plata. Y no tiene mejor idea que decirle:

—Ahora andate, mirá si vuelven y te agarran con la bolsa, podés ir preso.

Santiago se guarda los porros, se acerca a Andrés casi a un centímetro de su cara y le dice:

—¡Uh, mirá como tiemblo...! ¡Qué tontito que sos! Sepan que cuando yo nací ustedes estaban de un huevo al otro, los tres nenes de mamá. Estos porritos no me preocupan, lo que me importa es la deuda. ¿Vos me viste cara de boludo? ¿Me voy a ir así, con una promesa?

Yo no aguanto más, Luciana está a punto de llorar. Me sale una voz que no reconozco.

—Andrés te dijo que esperes unos días, ya te lo va a pagar. Y además, vos a

mí me debés un favor, te hice zafar de la cana, si yo quiero te denuncio. Así que raja de acá.

El tipo se me tira encima y vuelvo a sentir ese ardor, esta vez en la mejilla.

Dice:

—Un recuerdo, pendejo, la próxima te dejo la marca de por vida.

No aguanto el llanto. Andrés le dice:

—Pero ¿no éramos amigos?

El tipo está enfurecido, demasiado tiempo invertido en nosotros y no piensa irse con las manos vacías.

(Acá interrumpió el cuento la autora)

Luciana me da su pañuelo, no me sangra mucho pero yo aprovecho para mostrarme más dolorido de lo que estoy. El viejo le sigue pidiendo a Andrés que le traiga la plata, tiene que pagar como sea: si no es con billetes, entonces con la campera... y el celular. Obviamente eso vale mucho más de lo que debe y Andrés no está dispuesto a entregarlos. Además, el celu se lo regaló el padre.

—Estamos frente a un robo —digo, apretando el pañuelo sobre la mejilla.

El viejo se ríe y dice:

—¡Pendejos, ya me cansaron! —Y tironea de la manga de la campera para arrancársela a Andrés. —Es simple, cuando me traigas la guita te la devuelvo. ¿O no me tenés confianza? ¿Alguna vez te fallé?

Andrés le ruega que no se lleve el celular, que se lo regalaron para su cumpleaños. El tipo insiste para que suba a la casa y le pida plata a la madre. Luciana le grita:

—¡No tiene, la mamá de Andrés se murió!

Y yo, que no me aguanto ni me reconozco, le digo:

—¡¿Y vos qué clase de amigos sos que no sabés que se murió la madre, eh?!

Luciana me frena.

—Terminala Gonzalo.

Pero yo quiero seguir, no siento miedo. Escucho al puto viejo que dice:

—¡Corajudo el pendejo! ¡Qué manga de boludos, qué mamita ni papito!

Tenés una deuda y la pagás. Me oíste, la pagás ahora. Si no, subo a tu casa y me llevo todo, ¿me oís?

Andrés, llorando, golpea con fuerza la pared y se lastima. Luciana lo abraza y le dice:

—Dásela Andrés.

Me escucho decir:

—Una piña hay que darle.

Santiago me amaga con la navaja. Andrés le grita:

—¡Pará!

Y saca sus cosas de los bolsillos de la campera. Se detiene con el celular en la mano, y también lo entrega.

—¿Me lo vas a devolver?

Santiago se pone la campera, se sube el cierre, dice:

—¡Justo mi talle! Por supuesto —le contesta a Andrés—. ¡Soy un hombre de palabra!

Lo vemos irse con las manos en los bolsillos de la campera de Andrés.

Todavía tengo en casa la media botella de vodka.

AMIGOS

Finales premiados

CLAUDIO MARCUCCI (GANADOR)

(...)

Repasó con sus ojos nuestras miradas en busca de lo que no teníamos.

—¿Dónde está la plata? —Esta vez volvió a preguntarlo, pero se lo escuchó diferente. Frente a nuestro silencio, agitó nervioso el puño que ocultaba su navaja. —¿Les comieron la lengua los ratones?

Me pregunté qué hacer para salir de aquella encrucijada peligrosa. Estaba claro y lo sabíamos, ya lo había dicho, Santiago no se iba a ir así. Andrés tomó su celular y luego de marcar, se lo puso en el oído.

—Hola papá, necesito un favor...

El viejo soltó una carcajada mientras yo miré a Luciana; ella me devolvió la misma mirada de curiosidad.

Sin mediar otra palabra, Andrés bajó el celular con la cabeza gacha...

—¿Y? —indagó Luciana, sin tener novedades.

El intento fue en vano. Seguramente su papá aún conservaba el enojo por el choque y ni siquiera había querido escucharlo.

—Ni tu papito te salva —dijo el viejo soltando otra repetida carcajada—. Si no me dan la guita... hago cagar a alguno de ustedes.

Al escuchar esas palabras, Luciana rompió en llanto. En ese momento, vi terror en sus ojos, y también en los de Andrés. Lo dije para mis adentros, "estamos jodidos".

Quizás el montaje frente a la policía no había sido el mejor, las risotadas no habían sido creíbles. Otra vez el patrullero volvía a estar en escena. Las mismas luces intermitentes sobre el rostro del viejo. Santiago miró a la cana, quizá buscando algún otro montaje...

—Dejá de llorar, pelotuda... —le dijo el viejo entre dientes. Ella secó las lágrimas con el puño de su manga y todos nos preparamos para el acto siguiente.

El auto estaba casi frente a nosotros cuando noté algo más en los ojos de Luciana. Bajé la mirada para volver a ver el puño del viejo, ahora entreabierto,

el brillo de su navaja y el motor del auto a mis espaldas. Luciana tomó aire antes de salir disparada. Corrió cruzándose frente al patrullero, mientras el brazo de Santiago rodeó rápidamente el cuello de Andrés.

El auto de la policía frenó casi a punto de atropellarla. El brillo de la navaja resplandecía sobre la piel de Andrés. Luciana gritó, y ese grito ahogado me inmovilizó. Dos canas bajaron y llevaron la mano a la cintura. Empuñaron sus armas y Santiago vociferó...

—Quietos, o le perforo el cuello al pibe...

Los fierros de la cana apuntaban al viejo y la punta de la navaja, a la yugular de Andrés. Así de bruscos fueron los movimientos. Ahora, la inmovilidad.

Escuché el silbato del árbitro y el juego se detuvo a mitad de la cancha. Pelota parada. Otra vez resonó en mi cabeza la voz de Luciana con lo de mi aliento de perro. La deuda con ese viejo puto, la bolsa, los porros, la navaja, mi vieja, su alcohol y el ardor del vodka, la carcajada desdentada del viejo, los rulos de Luciana y las tardes en la esquina. Mi noticia, que no pude dar; lo de contarles que había pasado a primera, que sería un jugador profesional.

—¡No se mueva y baje el cuchillo! ¡Es una orden, bájelo...!

El olor a marihuana y las horas quemadas con Andrés. Amargo obrero. Imaginé la cara de Luciana al contarle que lo de la pelota no era ninguna gilada. Le diría a Andrés que, quizás, pronto algún club europeo incluso se interesase por mí. Sí, claro, sería un pase millonario. Me sentí dentro de la cancha, y debajo del pie tenía la pelota parada. Mientras en mi cabeza azotaba ese torbellino, el puto viejo aún seguía allí y el filo de su navaja contra el cuello de Andrés. La pelota parada tenía que volver a rodar por el campo de juego...

Di un paso adelante. Me interpose entre los fierros y la navaja. Quedé en la línea de fuego y la voz me salió ronca desde adentro.

—¡Bajen las armas!

Inmediatamente, un aire gélido, mucho más intenso que el vodka, me recorrió el cuerpo. Giré y miré al viejo a los ojos.

—Para vos también, viejo.

La cara de Andrés se había enrojecido y una pequeña gota de sangre brillaba sobre el filo del metal.

—Ni en pedo, pendejo. ¡Te van a cagar a tiros, pelotudo!

En la inmovilidad y en el silencio solo se escuchó el sollozo apagado de Luciana.

—Bajá el cuchillo viejo puto... ¡Soltalo!

El tiempo se había parado frente a nuestras narices. Sentíamos cada segundo como una eternidad. Y por un momento, con unos ojos enrojecidos de cólera, Santiago me mantuvo la mirada antes de obedecer. El viejo lo sabía, había perdido.

Primero aflojó el brazo y esperó a que los canas bajasen las armas para tirar la navaja. Andrés respiró hondo, llevándose las manos al cuello. Santiago se mantuvo inmóvil, como el resto. Todas las armas estaban en el suelo cuando me acerqué a Andrés. Lo ayudé y, lentamente, nos fuimos separando del viejo, mientras la mano de Andrés apretaba el pequeño corte en su cuello.

Nos fuimos deprisa, y en silencio. Escabulléndonos con miedo por entre los refuerzos policiales que iban llegando. En la escapada, nadie volteó para mirar hacia atrás. Lo único que queríamos era salir de ahí, alejarnos, olvidarlo. Antes de separarnos, nos detuvimos. Andrés aún mantenía la mano sobre el cuello y Luciana no paraba de sollozar. En esa despedida no hubo palabras, fue todo silencio. Y bastaron un par de miradas para comprender que no volveríamos a vernos por un tiempo.

Al entrar en casa sentí, que estaba a salvo de todo aquello, o casi a salvo. Cerré la puerta de ingreso con mi propia espalda. Sentí las piernas aflojarse y me dejé caer apoyándome sobre la puerta. Allí, en el suelo, me quedé sentado, en espera. Pelota parada. El árbitro determinaría si hubo falta o infracción. En el campo de juego, una nueva botella abierta sobre la mesa. El vidrio ya vacío. Volví a sentir el ardor de la navaja en el pecho. Ahora la misma cancha, pero a puertas adentro. El silencio duró poco. Mi cabeza escuchó el silbato, ya había terminado la espera. Tomé impulso, me levanté y di el primer paso. La pelota tenía que volver a rodar, el juego continuaba.

FRANCO ROSSI (GANADOR)

(...)

—Mira pendejo, somos amigo mientras vos pongas la tarasca. ¿Queda claro?

Andrés asiente con la cabeza, sin emitir palabra. Carga toda la bronca en su mandíbula, los dientes chirrían.

—Esta vez zafaste de la yuta, pero de mí no, pibe. Conozco el barrio, conozco a tu familia y no serías el primero en caer.

—Ahora no tengo, no tengo nada. Para la semana que viene te la consigo.

El viejo mira a un costado y después al otro, suspira fuerte, tiene aliento a cadáver y los ojos saturados de rabia. La calle es un desierto, solo hay un perro ladrando en la esquina. El viejo aprovecha la bolada. De un panzazo empuja a Andrés contra la pared, le pone las dos manos en el cogote, le pega un rodillazo en los huevos y, mirándolo con saña, lo inmoviliza. Sin quitarle los ojos de encima, le hunde las garras en el cuello. Parece una hiena.

—¿La semana que viene? La semana que viene una mierda, ¿me viste cara de verdulero a mí?

—Te juro que para el lunes la consigo. Tengo... tengo un reloj que vale oro. Lo vendo al toque, en serio. Tranquilizate, por favor, soltame que me falta el...

Por mí, que se pudran los tres. Luciana me mandó a callar para darle la diestra al viejo, y el desprecio de Andrés me destrozó. Que le falte el aire, que sude, que le duela, que aprenda. Aliento a perro, comisaría, cómo me visto, mi vieja borracha. Siento que un veneno robustece mis venas. Yo nunca los había basureado así.

El viejo, putrefacto y vividor, no afloja. Suelta risitas apocalípticas, y con el filo de los dientes, como si fuese un chicle, le mastica el lóbulo de la oreja a Andrés. Él tiene los ojos desorbitados, está desfigurado, mueve los brazos para

todos lados, parece un espantapájaros en medio de un tornado. El viejo falopa está poseído. Le va a arrancar la oreja.

Yo no quiero ser cómplice, ni aliado, pero el miedo y la angustia me toman el cuerpo. No puedo decidir nada. A mi lado, Luciana, colgada del brazo del viejo, hace fuerza para abajo sin lograr detenerlo. Por el contrario, a cada tirón el viejo se encabrona más. De repente, un crujido en el centro del abdomen me sacude. Un impulso primitivo y desorbitante me domina.

Mis piernas se empiezan a mover, ágiles como en el medio campo. Tenemos que salir de abajo del arco, cambiar de táctica. Sin proponérmelo, corro hasta el volquete de enfrente, agarro una madera fibrosa y compacta, la pata de una mesa, o una viga, no sé. Tomo enviñón, y como si tuviera un bate de béisbol, miro al cielo, me persigno, arremango la campera y descargo toda mi furia en esa espalda encorvada y ancha. La mejor defensa es un buen ataque. Sus vertebras truenan. El crujir óseo trepa por la madera hasta llegarme a los brazos. Inmediatamente se me aflojan las manos, y el bate cae a un lado. Quizás está enfierrado, quizás resiste, quizás sea lo último que haga.

Por unas milésimas de segundos, se me apaga la tele. Veo figuras nubladas, huelo grasa quemada, me arde la cabeza, no siento el suelo. Hasta que un alarido ronco y espeso invade el aire otoñal. Andrés se está sacudiendo. Inclinado para adelante, abre la boca como un lobo marino y llena de oxígeno sus pulmones. Se saca al viejo de encima. Luciana sacude las manos hacia el centro de la tierra, maldice al viejo que está tumbado en la vereda. Con la punta de los dedos, el viejo se rasga las lumbares, intenta ponerse de rodillas y, con el ceño fruncido, nos putea sin parar.

¿Qué carajo hice? ¿Tendré que mudarme de barrio? ¿Denunciarlo? Un chirrido metálico y cadencioso suena cada vez más cerca. Estamos expuestos. Unos guachines con un carro a cuestras cruzan la calle, vienen para este lado. El viejo se arrastra hacia la pared, se está levantando, cada vez putea más alto. Agarro a Luciana de la mano, le doy un empujoncito a Andrés en el hombro, y al pique rajamos sin mirar atrás.

El sol araña el chaperío, y empieza a correr un aire limpio y suave. Siento cómo el viento va purificándome por dentro. A mi derecha, Andrés pide perdón una y otra vez; sus lágrimas planean como ramitas por los aires. Aún tengo bronca. Nuestra amistad está resquebrajada. Hay cosas de las que no se vuelve así nomás.

Del otro lado, Luciana me sostiene la mano en silencio. Su temperatura me atrapa. Quizás se arrepintió, o tiene miedo, ¿lástima?, qué se yo. Corremos sin mirarnos. Los bondis nos tocan bocina. Yo estoy desahuciado. Quiero llegar a casa, poner Wos al palo y sentarme a mirar por la ventana las catástrofes de mi barrio, sin que puedan hacerme daño.

AILÉN STRANGES (GANADORA)

(...)

—Vamos a ser amigos si me pagás lo que me debés. Si no me pagás, se te va a armar quilombo. Las palabras me las paso por el culo. Quiero hechos, pibe.

Mientras Santiago le grita a Andrés, yo empiezo a sentir que me arde la cara. El muy hijo de puta me cortó. ¿Qué le voy a decirle a mamá cuando me vea entrar así? Me dan unas ganas de cagarlo a trompadas... Zarpado lo que me sangra. Y encima Luciana sigue llorando, como yo. No sé exactamente por qué lloro, pero no quiero llorar. No delante de ella.

—Sacate la campera y dámela. Ahora es mía.

—No, Santiago, por favor. Mi viejo me mata, te juro que voy a juntar la guita y te voy a pagar peso por peso, pero la campera no.

Santiago se detiene dos segundos para mirar a nuestro alrededor. Como no hay nadie, agarra a Andrés de la campera, lo sacude desde los hombros, le pega una piña en el estómago y se la arranca.

—Conmigo no se jode, pendejo. Quiero la guita que me debés de todo lo que te fumaste. Dos días te doy. 48 horas, ¿estamos? Juntá centavo por centavo porque te voy a cagar tanto a palos que ni tu papi te va a reconocer. Acordate de no olvidarte de mí.

Andrés rompe en llanto y Santiago se va. Se va con la frente en alto, triunfante.

Sabe que tiene a Andrés comiendo de la palma de la mano.

Luciana intenta ayudar a Andrés a levantarse, pero es inútil: la trompada lo dejó sin aire y está tirado hecho una bolita encima de la hiedra porque el golpe lo sacó del escalón. Menos mal, se podría haber partido la cabeza.

—Respirá, Andy, respirá. No dejes de respirar. Respirá cortito. Nosotros estamos acá y te vamos a ayudar, que para eso somos amigos, dale —lo alienta Luciana, mientras con una mano le sostiene la cabeza y con la otra le acaricia la espalda.

La cara no para de sangrarme. Me toco y no parece profundo, pero tengo todo rojo. Supongo que algo así sienten los jugadores profesionales cuando ligan un cabezazo. O una patada, como la que le dieron a Cristiano Ronaldo. Pero eso fue sin querer, fue intentando que él no metiera un gol. A mí, Santiago me lastimó queriendo.

No puedo creer lo que pasó. Hacía media hora estaba cruzando la calle para contarles a Luciana y Andrés, a quienes creía mis amigos, que iba a jugar en primera, que estaba re-emocionado y re-contento, y ahora esto. Media hora nada más y todo cambió.

No entiendo lo que estoy viendo. De a poco empiezo a dar pasos muy cortitos hacia atrás, sin pensarlo demasiado y sin dejar de mirarlos. ¿Quiénes son esos dos? ¿Quién es Luciana? ¿Quién es Andrés? ¿Mis amigos?

—¿Adónde vas, Gonzalo? Vení a ayudarme a levantar a Andrés, ¿no ves que sola no puedo? Dame una mano y después te acompañamos a lavarte la cara. Rescatate, flaco. ¿Me escuchás?

No logro emitir palabra. No puedo sacarles la mirada de encima. A medida que me alejo, veo todo con mayor claridad. La hiedra, la maldita hiedra. Y Andrés ahí tirado. Y Luciana. Y la hiedra. Y la droga. Y Santiago. Y la cana. Y mi vieja.

¿Qué tengo que ver yo con todo esto, si solamente quería compartir el noticia que tenía para darles?

Luciana me mira fijo. Sigue fea desde que apareció la policía. No la reconozco. Actúa como si tuviese puesto un chip y todos sus movimientos y gestos fuesen automáticos. ¿Dónde está la Luciana risueña que me gusta?

De a poco, Andrés recobra color. Quedó pálido del golpe, pobre. Enseguida se le va a pasar. No sé por qué, pero ahora que lo miro, me da un poco de lástima. Nunca me había pasado. Y eso que lo vi durante horas y horas haciendo garabatos y círculos con su tiempo. Él, su palo, la hiedra y esa esquina de mierda que parece quedada en el tiempo. Si lo que acaba de pasar hubiese sido el episodio de una serie, se llamaría "Andrés en el portal del abandono". Me río con ruido.

¿Por qué me río? ¿Será porque no lo siento más mi amigo? ¿Cómo va a hablarme así? ¿Qué es eso de serle leal a un traidor? Santiago es un chanta, es un chupa sangre. Santiago lo va a apretar bien fuerte hasta ahogarlo, pero Andrés no se da cuenta. Una vez, mi vieja me dijo que no dimensiona dónde se metió.

Santiago es como la hiedra porque se te hace la amiga y parece divina, pero es imposible de controlar. Sus raíces se apoderan de todo lo que tiene cerca y, aunque intentes cortarla, persiste. La hiedra se amolda, se encorva y se retuerce; la hiedra asoma y, si la dejás, crece y crece y crece y crece.

No sé qué pensar. Quizá me convertí en el perro que tenía en la boca pero que en vez de andar olfateando bolas, como el perro de Luciana, ahora ladra y muestra los dientes. Quizá es momento de parar la pelota y patear para adelante. Quizá no los elija más.

—¡Gonzalooo! Vení, hijo, te servimos pomelo.

—Ahí voy, má.

CAROLINA FERNANDA GÓMEZ (MENCIÓN)

(...)

Desde la esquina aparece corriendo una nena y se le cuelga a la pierna derecha del viejo. Este baja la mirada, se sorprende y guarda con rapidez la navaja en el bolsillo de la campera. El viejo alza upa a la nena y le da un beso. Yo respiro aliviado y doy un paso hacia atrás. Andrés mira a Luciana como preguntándole qué carajo pasa.

—¿Otra vez a upa? ¡Cómo te gusta malcriarla a vos, eh! —dice una mujer de unos treinta y pico que se acerca con un cochecito de bebé vacío.

—¡Claudia! ¡No me avisaste que llegabas más temprano de lo de tu vieja! —le responde Santiago a la que, presiento, es su mujer.

—Una hora más, una hora menos... Y estos pibes, ¿quiénes son? —pregunta Claudia y nos mira a los tres.

—Él es... el hijo de un cliente. —El viejo lo señala a Andrés. —Hace unos días le hizo mierda el auto al padre y se lo estoy arreglando en el taller.

—Y nosotros somos sus amigos —agrega Luciana, con una sonrisa de oreja a oreja. Yo miro la escena y no digo nada.

—¡Papi, tengo hambre! —dice la nena, que no debe tener más de cuatro años.

—Bueno, mi amor. Ahora vamos a ir a comer un helado como te prometí. Porque papi siempre cumple sus promesas. Y sus amigos, espero que también —dice el viejo y lo mira fijo a Andrés—. Porque si no, papi se enoja y se pone malo.

La cara de Andrés se vuelve más blanca que un papel. Luciana se da cuenta y mete la excusa de que tenemos que ir a hacer un trabajo práctico. Sin decir una sola palabra, los tres nos damos vuelta y empezamos a caminar hacia mi casa.

Acostado en mi cama, Andrés se pregunta una y otra vez cómo va a zafar de la deuda. Luciana, sentada en el puff rojo que está a mi lado, pide que por favor pasemos a otro tema así cambiamos todos la cara de culo. Escucho eso y siento que es mi oportunidad. Me levanto de la silla de la computadora y, de pie, les digo a los dos:

—Ok, quiero contarles algo desde hoy. Antes de todo este quilombo, me avisaron desde el club que... ¡el próximo domingo empiezo a jugar en primera!

Luciana y Andrés corren a abrazarme y después le doy a cada uno su entrada.

Llega el domingo. Faltan quince minutos para terminar el partido. El DT me hace entrar. Mientras corro por toda la cancha, siento muchas ganas de vomitar. Estoy muy nervioso. Miro a la tribuna y distingo a mi mamá, a mi papá y a Luciana. Al que no veo por ningún lado es a Andrés. En ese momento, me dan un pase. Remato fuerte y meto un gol. Lo grito con todas mis fuerzas y se lo dedico a Luciana. Ella sonrío y se pone colorada. Ganamos 3 a 1.

Luciana y yo salimos a festejar a un barcito por la zona y mis viejos se van a comer una pizza por ahí. Después de tres cervezas, le confieso que me gusta desde hace mucho. Ella me agarra la cara y me da el beso más dulce que me dieron en mi vida. Salimos del bar y nos vamos en taxi a mi casa.

A Luciana le dejo mi cama para que duerma más cómoda y yo me tiro un colchón en el piso. Antes de dormir, nos preguntamos por qué Andrés no habrá ido a la cancha.

Después de cuarenta minutos de debate, llegamos a la conclusión de que seguro se mandó una siesta de las suyas en la hamaca paraguaya de su mega patio.

A la mañana siguiente, Luciana y yo prendemos el celular y tenemos doce llamadas perdidas de un número desconocido. Llamo y me atiende una mujer llorando.

—¡Yo pensé que mi bebé estaba con ustedes! —me dice la mujer y reconozco la voz. Es la mamá de Andrés.

—¿Qué pasó?! —pregunto con lágrimas en los ojos.

Dos minutos después, corto el teléfono y me quedo en silencio. Abrazo a Luciana. Ella me mira aterrada y me dice que no la asuste, que le cuente qué pasó.

—Atropellaron a Andrés ayer. Un tipo iba borracho y lo mató. ¡Seguro que fue ese hijo de puta! ¡Lo voy a matar! —le digo a los gritos, y salgo corriendo de mi casa.

—¡Pará Gonzalo! ¡¿Qué vas a hacer?! —escucho que me dice a lo lejos.

Llego al taller mecánico del viejo y lo veo de pie arreglando la ventana de un auto.

—¡Me la vas a pagar! —le grito mientras lo empujo frente al coche.

—¿Qué te pasa gil? ¿Así que ya no sos más mudo? —me dice enfurecido. Le tiro una piña. El viejo la esquiva y me devuelve una que me tira en el piso. Yo rompo en llanto.

—Ey, ¿te pasa algo pibe? —me pregunta más tranquilo y ayuda a que me levante.

—¡Pasa que anoche mataste a mi amigo!

—¿Qué? ¿Le pasó algo a Andrés? ¡Mirá que yo no le toqué ni un pelo! Es más, ayer vino a pagarme lo que me debía. Me dijo que lo sacó de sus ahorros y nos quedamos hasta tarde tomando mate. Después se fue. Si no me creés, preguntale a mi mujer o a mis dos hijos más grandes que también estaban.

—Entonces, si no fuiste vos...

Pasaron veinte años del accidente que me arrebató a mi amigo. No hay un día que no me acuerde de él. No hay un día que no piense en cómo fue a morir por culpa de alguien que esa noche abusó de esa droga legal y “socialmente aceptada” que es el alcohol, al que todos subestiman y asumo que, en su momento, yo también. Con Luciana y los nenes viajamos todos los años a la Argentina a visitarlo al cementerio y a sentarnos durante horas en el escalón de la casa abandonada, como cuando éramos chicos, porque como dije alguna vez, “en la esquina, el tiempo no cuenta”.

GUADALUPE OCHOA (MENCIÓN)

(...)

—¿Amigos? —La boca del viejo se abre y muestra unos pocos dientes amarillentos. Su carcajada me aturde. —Amigos son los huevos. O me pagan ahora o arreglamos de otra manera. —Ya nada queda de su amabilidad fingida del principio. Mirándome con una sonrisa de costado dice: —Vos, amargo, no tenés ni un peso. Este —señala a Andrés con el mentón—, hasta que papi no arregle el autito, tampoco. ¿Y vos amiguita? ¿Qué me ofrecés?

El viejo vuelve a mirarla de esa forma que a mí no me gusta nada. Luciana no responde.

—¿Qué pasó? ¿Le comieron la lengua los ratones a la artista?

Los dedos callosos del viejo acomodan un bucle detrás de la oreja de Luciana. En un suspiro, Santiago la toma de la nuca y, con una seguridad que amedrenta, dice que ella va a tener que pagar por todos.

—Todos para uno y uno para todos, como los Tres Mosqueteros, ¿no?

Se regocija con nuestro temor. Los ojos de Luciana se llenan de lluvia, las lágrimas caen gruesas y sentidas sobre sus mejillas. Pero no dice nada. Nadie dice nada. Finalmente, dan media vuelta y se alejan. “Vamos muñeca” o algo así, logro oír en mi aturdimiento.

Andrés, sin levantar la mirada del suelo, dibuja círculos con su palito. Tres redondeles desaparecidos, sin fuerza, amorfos. No entiendo qué pasa. Estoy ahí parado, inerte, sin decir nada. Tampoco siento nada.

De repente, un ruido ensordecedor. Algo se rompe adentro mío. Escucho atentamente, se parece al sonido de un vidrio rompiéndose en mil pedazos. Luego, un grito ahogado y entrecortado. Es una voz cercana que reconozco enseguida; ¡Mamá!

Me levanto de un salto de la cama y corro hacia la cocina. Encuentro a mi

madre en un baño de vómito, sangre y cristales rotos. Me mira con sus ojos perdidos, oscuros, apagados, y con apenas un hilo de voz, susurra: "Perdón, hijito". Esas palabras me paralizan el corazón, pero no es el momento, necesita atención médica.

Corro a la calle gritando que mi mamá está herida, que por favor alguien me ayude, que no sé qué hacer. No hay nadie. De repente, mis ojos se cruzan con el papá de Andrés. En un segundo sube a mi madre lastimada en su auto nuevo. No puedo precisar cuánto tiempo viajamos hasta llegar al hospital, pero no dejo de hablarle. Ella apenas tiene fuerzas para responder. El olor a alcohol sale con cada monosílabo. Recuerdo las palabras de Luciana: "Aliento de perro".

Mientras se llevan a mi madre en una camilla, voy a su lado tomándole la mano en un pasillo vacío que parece no tener fin. "Aliento de perro", vuelvo a recordar. Vida de perro. Y ahora pienso en el amigo de mi madre y lo maldigo. Perro puto. Dos, tres, cuatro botellas. Mamá volvió a emborracharse, como todos los días, hasta perder la noción, el equilibrio y luego caerse encima de una mesa de vidrio que casi le cuesta la vida. Perra vida. Pienso en Andrés. En Luciana. En los porros de Andrés y Luciana. Y entiendo que todos, de alguna forma, intentamos huir de lo que nos duele hundiéndonos en un dolor aún más profundo. Como el que está sintiendo mamá, como el que estoy sintiendo yo.

La cabeza no me para. Mil imágenes por segundo. Estoy aliviado porque sé que Luciana está a salvo, que el viejo Santiago no se la llevó, que todo fue un sueño. Pero esta realidad se parece bastante, o es incluso peor que una pesadilla. Estoy sentado en una silla metálica, fría, ajena. Quiero llorar, pero no me salen las lágrimas, como si me hubiera secado por dentro. "Debe ser terrible no sentir una mierda", me digo.

Inmerso en mis pensamientos, siento una palmada por la espalda. Es Andrés. Se enteró de lo que pasó y se tomó un taxi hasta acá.

—No soy muy bueno con las palabras, pero quería acompañarte. Estar. Eso hacen los amigos, ¿no?

No le respondo, pero me resuena su frase. Nunca tuve amigos. O nunca creí tenerlos.

—Sé que no soy muy expresivo, pero me hubieras contado lo que pasaba con tu vieja y a lo mejor juntos buscábamos ayuda.

—A vos solo te importa fumar porro en la esquina, con Luciana y el viejo de mierda ese. —Mi frase va cargada de todo el odio que sentí en mi sueño

—Ya está, Gonza, no quiero eso para mí, ¿sabés? No quiero despertar cuando esté metido con la mierda al cuello. Quiero que mi viejo se sienta orgulloso de mí. Siempre me dice que aprenda de vos, un pibe bien, que sos un crack para el fútbol. ¿Por qué no me contactaste que te convocaron para jugar en primera?

Me encojo de hombros.

—¡Qué grande! Les voy a contar a todos que tengo un amigo que va a ser un astro de fútbol. Como Maradona —Andrés se detiene—. No, no, mejor como Messi.

Me hace reír. Por primera vez desde que llegué a este hospital, me río. Y pienso para mis adentros, que el primer gol que haga se lo voy a dedicar a mi

vieja, que seguro va a estar alentando en la tribuna. Los ojos se me empañan y siento.

Vuelvo a sentir.

JOSEFINA COLAVITA (MENCIÓN SUB 18)

(...)

Se me tira encima, se ve el destello de la navaja por el aire. Me muevo rápido, le pego un manotazo en el hombro para que la navaja caiga. Pero no tengo la suficiente fuerza, el viejo es grandote. Me pega un empujón que me sienta de culo, y da unos pasos largos hasta llegar a Andrés, que se estaba escapando. Cobarde y chanta. No alcancé a gritar. Luciana sí. Grita con todas sus fuerzas antes de que el viejo se tire sobre Andrés por detrás.

—No hay que mostrar miedo, pendejo. Dame la guita y salimos todos bien.

Andrés no responde. El viejo le da un navajazo entre los omóplatos. Se toma el tiempo de retorcer bien la navaja dentro de Andrés antes de salir corriendo. Luciana se queda muda, no amaga a moverse. Yo también me quedo así, inmóvil. Por el bocho me pasan miles de imágenes y sonidos: la primera vez que vi a Andrés, fumando en ese mismo escalón, hace muchos años. Me resuena la frase que me dijo hace un rato: “Si no estás con nosotros, ¿con quién? Si a vos no te da bola nadie”. Recuerdo cada vez que lo miraba desde la ventana, dale que dale con el palito, haciendo círculos en el barro. Pero reacciono al escuchar las carcajadas de Luciana. Giro la cabeza para mirarla, no entiendo nada. Está doblándose de risa.

—¡Qué desgraciados que somos! —dice entre risotadas.

La observo por un momento más y salgo corriendo en busca del viejo, que ya dobló la esquina. Lo encuentro acodado en el bar de la vuelta de casa, ese mugriento y oscuro en el que tomo un trago fiado de vez en cuando.

—Viejo, escuchame. No me metas en quilombos. Yo no tengo nada que ver con las mierdas que me querés vender. Y cuidado con Luciana.

—¡Cuidado con Luciana! —repite en tono de burla el viejo—. A mí no me vas a venir a amenazar, pendejo.

No le respondo nada. Sé que va a volver algún día para lastimarnos a Luciana o a mí. Salgo con indiferencia, camino despacio pateando tachitos. No regreso al escalón de la casa abandonada. Pero tampoco quiero llegar a casa. Mamá debe de estar diciendo una sarta de estupideces, como cada vez que se emborracha. Y eso es siempre. Por eso me acuesto en un umbral. Y pienso mucho. Me levanto despacio. Oigo un llanto. Huelo marihuana.

Camino como persiguiendo el olor y llego al escalón de la casa abandonada. No estaba lejos. Sentada, demacrada, está Luciana. Fuma y mira la nada.

—Ya voy tres porros —dice sin mirarme—. A Andrés se lo llevó la cana.

—¿Cómo zafaste vos? —pregunto.

—Yo también me fui cuando vos te fuiste —responde mientras se le pian-ta un lagrimón—. Mientras estaba rajando, vi a la cana que pasaba. Cuando volví para ver si seguía acá, no estaba. Se lo llevaron.

No me pregunto cómo sabe que fue la cana. Solo lo sabe, y lo sé. Me siento a su lado. Tiembla y no tengo una campera para darle.

—Gonzalo, esto no da para más.

Y me doy cuenta de que ella está mal. Pero la veo de perfil, tan linda, con los ojos llorosos. Pienso en besarla, pero se levanta. No está como cada vez que fuma porros. No está inspirada, está como con el alma lejos de su cuerpo.

—Todo esto es la droga. Es el viejo. Es el querer ser distintos. ¿No te das cuenta, Gonzalo, de que el viejo no existe? El viejo es la droga, el viejo es el vicio, el viejo es lo que causa dolor, el viejo es algo que no somos pero queremos ser. El viejo mata, como mató a Andrés. Lo mató, Gonzalo, lo mató. Y todo para entregarnos a un vicio doloroso. No soy capaz de salir de esto. Mi vida se fue al carajo. Pero vos tenés tiempo —concluye, mientras exhala humo oloroso.

Y mierda que estaba inspirada.



El concurso de cuentos Los jóvenes y la creación brinda, esta vez, la posibilidad de cambiar el destino final de una historia. Una aventura importante. El cambio es algo que se teme; pero siempre nos demuestra que al abrazarlo, puertas inesperadas se nos abren.

Azuquítar habla de los cambios –muchas veces dolorosos– en las relaciones de amor. Un cambio imprescindible, a mi parecer, es aceptar que no hay nada más infructuoso que empeñarse en ayudar a alguien que no quiere ayudarse a sí mismo, y accionar entonces al respecto. La fortaleza siempre va de la mano del cambio. Ser fuerte es poder decir no, aunque se nos rompa el corazón

Gilda Bona es escritora, dramaturga y directora de teatro. Ha estrenado sus obras dentro y fuera de Argentina con dirección propia y ajena. Ha ganado los premios La escritura de las diferencias, Bienal internacional de dramaturgia por mujeres; Ciclo de Teatro por la justicia (obra escrita en coautoría) y Monólogos de la peste. Estuvo nominada a los premios Trinidad Guevara, Florencio Sánchez, Teatro del Mundo y ACE. Ha publicado los libros *Memoria en la fragua* (Baltasara Editora, 2014) y *Mundos Celestiales* (Editorial Eudeba, 2016). *Memoria en la fragua* fue declarado de interés legislativo en Gualeguaychú, Entre Ríos. Como docente ha dictado talleres de dramaturgia en Buenos Aires, Chaco y Uruguay.

AZUQUÍ TAR

Gilda Bona

En la madrugada del 23 de julio de 2019, octavo aniversario de la muerte de Amy Winehouse, soñaba con ella cuando su voz me despertó. Hacía mucho que Amy era el *ringtone* de mi celular. (En mi sueño era la Amy de *Frank*, su primer álbum, el que sacó a los veinte años, cuando era pulposa, de sonrisa y mirada límpida; aunque ya se emborrachaba y fumaba marihuana, rechazaba el consumo de drogas duras.) Vi el nombre de mi amiga en la pantalla del celular. Pensé: “Que sea una cuestión de vida o muerte, Nanda, porque si no, no voy a perdonarte haberme interrumpido mi sueño con Amy”. No tuve tiempo de preguntarle quién se había muerto, porque no bien respondí dijo: “Tengo que matarlo y tenés que ayudarme”.

Supe, sin dudar, que hablaba de Sergio. Lo más probable era que hubiera vuelto a drogarse y Nanda necesitara hablar. Necesitaba hablar cuando Sergio se drogaba y siempre era para anunciar que esa vez sí lo echaría de su casa. La única variante de esa madrugada era que en vez de echarlo había dicho matarlo. Y que quería mi ayuda. Salí de la cama, necesitaba fumar; tenía la caja con tabaco y papalillos para armarlos en el living. En el camino le pedí que se calmara y que me contara que había pasado esta vez. “Después te cuento, ahora tomate un taxi y vení: tenés que ayudarme a matarlo”. “¿Es un decir?”, quise saber. “Nada de un decir”, respondió. “¿Te volviste, loca?”, quise saber, una vez más. Adiviné o imaginé su negación con la cabeza antes de que me dijera que en ese momento estaba más cuerda de lo que había estado en toda su vida y agregó

que no demorara, que se lo debía. ¿De qué hablaba? ¿Qué le debía como para tener que convertirme en asesina para saldar esa deuda? Me respondió que le debía haberme llevado al grupo de Adictos a Personas para librarme de Beltrán.

¡Eso era una injusticia en su máxima expresión! Era cierto que ella me había ayudado a cortar mi relación con Beltrán que aparecía y desaparecía de mi vida según le diera la gana y yo vivía esperándolo, presa de su antojo. Era en la época que yo había descubierto a Amy (ella estaba muerta pero para mí estaba más viva que todos los vivos que me rodeaban) y totalmente influenciada por ella, cuando Beltrán aparecía, lo apretaba contra mi pecho y le decía que si él volvía a desaparecer yo iría *back to black*. Él me callaba con besos y me hacía acabar gloriosamente. De inmediato él cerraba los ojos. Decía que él necesitaba dormir, para recuperar energías. Yo le decía que mientras él se recuperaba fumaría un cigarrillo. Él me decía que no, que me quedara ahí a su lado, que durmiéramos y que al despertarnos fumaríamos y charlaríamos y nos reiríamos. Yo cedía con la esperanza de que esa vez sería distinto. Pero, al despertarme, Beltrán ya se había ido. La última vez me afectó tanto que estuve una semana en cama, sin parar de llorar. Nanda, que sabía la historia, me llamó después de seis días de escucharme llorar por teléfono para informarme que al día siguiente pasaría a buscarme a las nueve en punto de la mañana para llevarme al grupo de Adictos a Personas. Le dije que yo no era adicta. No discutió, solo volvió a decirme que pasaría por mí. A las nueve de la mañana del día siguiente, llorosa y despeinada, subí al taxi en el que me pasó a buscar.

Al tercer sábado de entrar al grupo (Nanda se había quedado conmigo la primera vez), bloqueé a Beltrán en mi celular y nunca más lo vi. Una vez, estoy segura de que era él, sonó el portero eléctrico a medianoche, un viernes, y ni siquiera tuve que hacer un esfuerzo para no responder.

Chau, chau, Beltrán.

Yo le estaba muy agradecida a Nanda por haberme obligado a ir al grupo de Adictos a Personas, pero que pretendiera que le pagara ese favor convirtiéndome en asesina, era inadmisibile. Antes de que pudiera decírselo, me dijo que me esperaba en su casa dentro de la media hora siguiente y cortó.

Nanda era mi amiga, no podía dejarla así mal como estaba, pero yo no me convertiría en asesina para que ella se quitara de encima a Sergio. Y lo peor de todo era que no podía mandarla a hacer lo que ella había hecho conmigo porque ya había ido al grupo de Adictos a Personas y no le había hecho mella. No había podido desprenderse de Sergio. No era la primera vez que se enamoraba de uno que le daba a la fafafa, pero Sergio les había pasado el trapo a todos. No solo en enamorar a Nanda sino en el grado de adicción que sufría.

Más de una vez había pensado que Nanda era con Sergio como Amy había sido con Blake, su marido, que la había introducido a las drogas duras: ambas estaban dispuestas a morir antes de separarse. Amy lo había expresado de manera categórica: "Me enamoré de alguien por el que hubiese muerto, y eso es como una verdadera droga, ¿no?"

Amy y Sergio tenían en común la música —él era baterista—, los ojos verdes, y la delgadez. Casi no consumían comida, sí marihuana, crack, cocaína y heroína.

La única diferencia entre Sergio y Amy, además de la fama y las distintas virtuosidades, era el poder adquisitivo. El padre de Amy tuvo que ponerle vi-

gilancia privada las veinticuatro horas para impedir que la manada de *dealers* que acechaba su casa para ofrecerle las sustancias de mayor calidad y precios astronómicos, lo lograra. Antes de esta medida de seguridad, Amy amable y generosa como era, los recibía a todos y a todos les compraba. En cambio, Sergio no tenía ni un peso. Había reventado todo lo que compró o ahorró en su época de músico bien pago, cuando estaba limpio; antes de descender al bajo fondo de la adicción. Terminó tocando la batería en la calle. Eventualmente también la perdió. Se armó otra con baldes de pintura (nunca a le pregunté a Nanda si él le había contado de dónde los había conseguido). Lo que la gente le dejaba en una bolsa de plástico, a modo de gorra, se lo esnifaba el mismo día. Se lo esnifaba o inyectaba, o las dos cosas. No recuerdo. La información detallada me la pasó Nanda cuando lo conoció. Me lo contó con ojos llorosos: sentía una enorme pena por ese hombre talentoso que había sucumbido al naufragio de las adicciones.

Pero eso había sido antes, me aseguró Nanda, con sonrisa de enamorada. Ahora todo sería distinto. Sergio estaba dispuesto a volver el tiempo atrás, a ser el que había sido. La voluntad de Sergio se quebró pronto. Y fue ahí que empezaron los llamados de Nanda después de la medianoche, que era cuando cerraba su pequeño, pero siempre concurrido bar *Azuquítar*.

En ese entonces yo todavía fumaba, tabaco armado, y era una perdición cada vez que salía con ella. Todo el control que me imponía para no fumar en exceso se iba barranca abajo en esas noches de desasosiego de Nanda. Me afectaba escucharla, verla desasosegada. Yo no era capaz de amar como amaba ella, concluía. Me había quitado de encima a Beltrán luego de ir tres veces miserables al grupo de Adictos a Personas. En cambio, Nanda era como Amy: capaz de inmolarse por amor.

En una de esas salidas decadentes me preguntó si me había dado cuenta de que ella también era adicta. ¿Qué decís?, dije. Se revolvió en su asiento: sí, lo era, lo era. ¿Acaso no había fumadores activos y pasivos? Esperó mi respuesta. "Sí", dije y encogí los hombros. "¿Y?" Ella era una adicta pasiva. Esa tarde se había dado cuenta. Dio un puñetazo en el aire, juró por una santa mexicana (no recuerdo el nombre) en la que creía ciegamente, que lo dejaría, a Sergio. Que al otro día bien temprano en la mañana lo iría a buscar por la ciudad (cuando Sergio conseguía para la fafafa desaparecía como Beltrán), y le diría que hasta ahí habían llegado. Yo asentí con la cabeza, fumé, bebí y no le creí; porque, ya lo dije, Nanda era como Amy, capaz de sacrificios magnánimos por amor. Bastaba con decir que a Sergio lo había recogido de la calle una noche de crudo invierno en la que él se asomó a la puerta de *Azuquítar*, luego de haberse sentido arrasado por el aroma que salía de allí, dejando la batería en la esquina, donde había estado tocando. Después le diría a Nanda que no había podido controlarse porque el aroma era como una droga. Declaración que no la sorprendió. El aroma que había atraído a Sergio al umbral de su negocio era el del manjar que le daba su nombre y que —oh, la vida y sus causalidades— significa cocaína en la jerga mexicana de drogas. Era creación de Nanda y lo había bautizado así porque cuando lo inventó, antes de abrir el bar, todas sus amistades, incluida yo, le decíamos, justamente, que su creación era como una droga: no podíamos parar de consumirla.

Sergio no se atrevió a cruzar el umbral. Nanda, atenta, con sonrisa medianamente, a las personas que entraban o se asomaban a su negocio lo vio. Hacía mucho frío y se notaba desamparado. Lo invitó a entrar, a sentarse a una mesa. Ella misma le sirvió una generosa porción de su creación y un café con leche. Sergio la miraba atenderlo con el verde chamuscado de sus ojos, agradecido. Se presentó: Sergio Marcusse, baterista, para servirte. Luego del café con leche y de que Nanda le envolviera para llevarse la porción de torta que él no tocó, la invitó a escucharlo en la esquina. Nanda, por supuesto, no pudo rechazar la invitación. Y fue allí, en la esquina, a merced de un frío impiadoso, mientras escuchaba a ese hombre en ruinas tocar la batería con el alma en las manos, que su corazón, de inmediato, le abrió la puerta.

Esa misma noche Nanda puso en marcha el Operativo Rescate. Lo llevó a una pensión y se la dejó paga por una semana. Al cabo de ésta, lo llevó a vivir a su casa.

De inmediato, feliz como no recordaba haberla visto nunca, se puso en campaña para comprarle una batería. Y de las mejores: Sergio era un gran baterista, tenía que tener una batería acorde a su talento. Le sugerí que esperara, que antes de endeudarse (tendría que sacarla en un sinfín de cuotas) tuviera la certeza de que Sergio continuaría mejorando, que abrazaría esa nueva oportunidad que le estaba dando la vida. Bueno, más que la vida, ella. Pero no. Nanda no podía esperar. Sí, ahora que lo pensaba, Nanda era una tremenda coadicta.

Mientras esperaba que pasara un taxi por la avenida desierta, me pregunté cómo pensaba Nanda matar a Sergio. ¿De un tiro? ¿Tenía un revólver? ¿Lo acuchillaría? ¿O pensaba matarlo de la manera más simple?, dado el caso: una sobredosis de azuquítar, no su manjar, por supuesto. Esta última hipótesis criminal me disparó una puntada feroz en la cabeza, por ser la más cercana, la más factible para llevar a cabo. Sentí que la muerte de Sergio ya era un hecho consumado.

Un mensaje entrante de Nanda me sacó de mi elucubración criminal. “¿Y?” Decía. Por favor, esa mujer estaba sedienta de sangre. No le respondí. Acordé conmigo misma que llegaría a su edificio, tocaría el portero eléctrico y no empujaría la puerta cuando ella la abriese; le exigiría que bajase. Una vez en la puerta, le daría un abrazo. Un abrazo sofocador con toda la intención de dominarla, de ejercer control sobre ella, mientras le susurraba al oído que pensara, que terminaría presa, que el sistema patriarcal no cobija a las mujeres, no importa si estas matan para que no las maten, o las violen, o las prostituyan. Muchísimo menos por matar a un novio adicto por no poder cerrarle la puerta de su corazón, la misma que le había abierto un año atrás, una noche helada en una esquina. Pasaría años de su vida en la cárcel, yo la iría a visitar, se lo prometía, pero no iba a mitigar su dolor por haber perdido la libertad. Otra puntada me atravesó la frente. Me dolía la cabeza. Ningún maldito taxi a la vista. Amy. Me ayudaría escucharla. Me puse los audífonos y elegí el modo aleatorio de Spotify de *Back to black*, su segundo y último álbum. La canción que me entró por los oídos fue *Rehab*: “They tried to make me go to rehab, y said no, no, no...” *Stupid Amy*, si hubiese ido a *rehab*, probablemente no habría muerto y hubiese sacado un tercer álbum y un cuarto y muchos más.

Un taxi apareció. En el viaje Amy siguió cantándome. Pensé, de repente, que antes de Amy yo nunca había sido fanática de ningún artista. En ese instan-

te me di cuenta (tuve que bajar la ventanilla porque sentí que iba a desmayarme); ¡era adicta a Amy! No lo podía creer, acababa de entender por qué no podía dejar de escucharla. Había logrado dejar mi adicción por Beltrán, pero supe que con Amy no lo lograría.

El taxista me sacó de mi reflexión de adicta. Habíamos llegado. Respiré largo antes de presionar el portero eléctrico de Nanda. Me sobresaltó la inmediatez de su respuesta. ¿Me había estado esperando al lado del portero? Tardé un segundo en responder, ella no: abrió al tiempo que me ordenó subir. Esta vez no demoré la respuesta, le ordené que bajara. “¿Estás loca?”, me respondió. Hacía una hora que me esperaba, que subiera de una vez. “Bajá”, le ordené otra vez. Un silencio. Nos conocíamos bien. Bajaba, dijo.

Cuando apareció por la puerta abrí la boca. No lo podía creer. Había esperado encontrar una mujer de mirada inyectada en sangre y lo que encontré fue una Nanda en ruinas; despeinada, los ojos hinchados como si hubiese estado boxeando, la ropa arrugada, mojada, de llanto, seguro; hasta se veía mayor de lo que es. El miedo que me invadía se desvaneció en un segundo. El abrazo sofocador que había preparado para maniatarle el ímpetu asesino fue uno de cobijo. Y ella, que no se dejaba abrazar mucho, se quedó entre mis brazos mucho más de lo habitual. Opté por no decirle nada, hasta que ella hablara. Cuando lo hizo me dijo: “Tengo el corazón roto, amiga, pero la decisión más firme que nunca; no puedo más, tengo que matarlo de una vez por todas.”

Necesitaba ganar tiempo. Le pregunté qué había pasado esta vez, qué de distinto. A lágrima viva me contó que hacía poco más de un mes había conseguido que el dueño de un bar vecino al suyo, donde siempre había algún músico tocando, aceptara que Sergio tocara allí. Le reproché que no me hubiese dicho. No había invitado a nadie, me aclaró. En el fondo sabía lo que iba a pasar. Qué había pasado, pregunté. El dueño del bar, sin que Nanda supiese, había accedido a darle a Sergio un adelanto de lo que le pagaría esa noche, luego de que tocara. Nanda le había dado de todo a Sergio, casa, comida, batería nueva, celular, plata no. Sergio se había negado a ir a *rehab*, como Amy, que saldría solo, le dijo. Había tenido recaídas, muchas, pero no con la plata de Nanda; era su manera de seguir apostando al milagro.

Nanda, sentada entre el público, con el teléfono celular en cámara, esperando ver a su amor, rumbo a la recuperación total, lo esperó en vano, como el resto de la gente, luego de que el dueño del bar, el mismo que le había dado un adelanto del dinero, lo anunció.

Apareció a los días, golpeado, sucio, suplicante. Le pedía perdón de rodillas. Nanda, que había estado esperando ese momento llena de odio para echarlo, lo perdonó. A partir de ese día Sergio había cumplido con lo prometido: se mantuvo limpio, tocando la batería en el living de Nanda, para su deleite, porque, ya sabemos, Sergio era un excelente músico. Pero, esa noche, cuando volvió a su casa, luego del cierre de su negocio, no lo encontró. La batería tampoco estaba. Lo llamó al celular y la atendió un hombre que no era Sergio. Era un viejo amigo de él, músico también, le dijo. Sergio lo había llamado hacia un par de horas y le había pedido que le comprara el celular y la batería. Por supuesto él no tenía plata para pagársela en ese momento, pero Sergio se la había dejado en cuotas, el celular también. Esa noche le había pagado la primera.

Nanda había sentido que se moría. Ni siquiera tuvo la fuerza para decirle al tipo que era un aprovechador, porque él, seguramente, sabía lo que Sergio haría con la plata. Había llorado tanto como no recordaba haber llorado en su vida. Pero también había sido la primera vez que no había salido a la calle, sin rumbo fijo, a buscarlo. Entonces me había llamado para que la ayudara a matarlo. Momento de interrumpirla. Le dije que esa no era la solución, que yo no sería su cómplice. Que por favor, se calmara, que ella tampoco era una asesina.

(Acá interrumpió el cuento la autora)

“¿Quién habla de matarlo de esa manera?”, chilló. ¡Matarlo, significaba quitárselo de su camino, para siempre! Me explicó como si yo fuera una tarada. Y un poco así me sentí. Me había llamado para que la ayudara a sacar las cosas de Sergio de su departamento y llevárselas a la casa del tipo que tenía la batería y el celular. Ya le había avisado que lo haría. Yo la miré entre enternecida y fría: ¿Por qué iba a tomarse el trabajo de llevarle sus cosas en vez de sacarlas a la calle? Me miró espantada. Porque si hacía eso no lo estaba enterrando. Y sin entierro no había muerto. Además, dijo, tenía que hacerlo porque si Sergio llegara a aparecer otra vez por su casa, no me aseguraba que no tendría una enorme tentación de matarlo, ya no metafóricamente. Por fin había entendido que no se podía ayudar a quien no quisiese ayudarse. Por supuesto tarareé en silencio el estribillo de una de las canciones de Amy que dice “I can’t help you if you don’t help yourself”. Tamaña ironía, siendo que ese había sido su caso, y ahora estaba muerta. Tomé las llaves de la mano de Nanda, abrí la puerta y le dije: “Vamos, subamos y te ayudo a matarlo”.

Estaba amaneciendo cuando salimos de la casa del tipo. Nanda le había dejado un mensaje para Sergio: “Estás muerto para mí”. Me invitó a desayunar en su bar. Los empleados aún no habían llegado. Los diarios de la mañana sí. Me dijo que me sentara a leerlos mientras ella organizaba el desayuno. La foto de Sergio me hizo abrir la boca. El titular decía: “El baterista Sergio Marcusse fue encontrado muerto esta madrugada en una esquina de Villa San Valentín. Su muerte fue por una sobredosis de cocaína”.

Nanda entró con la bandeja. Le mostré la noticia. Se sentó. “Estoy tan cansada, que ni siquiera puedo llorar”, dijo. Lo mismo que Amy en otra de sus canciones: “I’m so tired, I can’t even cry”, pensé. Tomamos café en silencio hasta que empecé a llorar como hacía mucho tiempo no lo hacía. Lloraba por Amy, por Sergio y también por Beltrán. Nanda me miraba en silencio. Al rato habló: “Comé azuquítar, está muy rica y no es de las que mata”.

AZUQUÍ TAR

Finales premiados

CLAUDIO MARCUCCI (GANADOR)

(...)

Nanda siguió llorando. Lloró sola, frente a mí, y también lloró frente al espejo. Lloró de día y de noche. Lloró por horas y por días. Lloró parada en la ducha, sentada en el inodoro, acostada en la cama, en el piso de la cocina y también en el living, allí donde había estado la batería. Lloró tanto que un día ya no tuvo más lágrimas y sus mejillas finalmente se secaron. Ese día prometió no llorar más, porque se dio cuenta de que ya lo había matado.

El tiempo pasa, el tiempo también muere. Y como muere el tiempo, también mueren otras cosas. Nanda logró matar ese amor, como yo también logré matar al mío. Se llamaban Sergio y Beltrán, de la misma talla que el amor de su vida, el imbécil y drogadicto Blake Fielder.

La tarde en que Nanda decidió reacomodar su placard, fue el día en que yo supe que podría volver a casa tranquila. Adentro, ella encontró los palillos de la batería de Sergio; la vi arrojarlos a la basura como si fueran una simple cáscara de banana. Atrás habían quedado azuquítar y la fafafa, Sergio, Beltrán, y el grupo de Adictos a Personas.

Era la hora de volverme a casa. Nanda me dio las gracias. “Te pedí que me ayudaras a matarlo...”. Eso fue lo que me dijo. Sí, había sido cómplice de un crimen lento y doloroso. El “de nada” salió de mi boca casi en un suspiro. Le dije a Nanda que se fuera adentro y que no tomara frío. Le di un beso antes de subirme al taxi, y nos despedimos con una mirada casi criminal. La calefacción del auto me envolvió cariñosamente con su calor. Por la ventanilla, vi a Nanda desaparecer detrás de la puerta. Después de que le di la dirección, el taxista prendió la radio. Lo miré sorprendida por el espejo retrovisor. Pareció intimidarse con mi mirada. La voz de Amy salía por los parlantes. Ahí también estaba ella, como siempre. Escuchándola, sonreí por el crimen, el amor y la droga, aquel duro cóctel de la vida y su crudeza; le sonreí a Amy. Le di las gracias al taxista, que me devolvió la sonrisa sin entender demasiado, y entonces lo recordé: el papá de Amy también era taxista.

FRANCO ROSSI (GANADOR)

(...)

La tomé de las muñecas y levantó la mirada, estaba estropeada. Eran Sergio y su vicio, era él o nosotras, era esta vida perra que nos larga a la pista en chancletas y sin suerte. Se agarraba la panza, lloraba, algo la mataba por dentro. Subimos a su departamento. Saldríamos de esta como salimos de Beltrán, como zafamos de los aprietes en el bar, “como siempre, juntas”, le dije. Amy y su virgencita nos protegían.

Puse segunda. Fui a la cocina, la bacha estaba llena de platos y cubiertos engrasados, olía a peste, parecía la sala de máquinas de Chernobyl. Recordé la calma con la que mi abuela colocaba paños fríos en mi frente y tarareaba canciones en guaraní cuando yo volaba de fiebre. Lavé una taza y, respirando lo menos posible, le preparé un té de manzanilla.

Sorbo a sorbo nos concentramos. Ella tirada en el sofá, insistía. Había un baldío cerca del lavadero de Toni, un criadero de ratas donde no pasaba nadie. Lo iba a citar una noche. Al llegar lo abrazaría, se haría la enojada y también lo consolaría, no sería la primera vez. Le pediría que la besase, que la hiciera sentir viva, el último beso. Se agacharía a atarse los cordones y de un ladrillazo lo mandaría al otro lado.

Hablaba y se le ponían los ojos violetas. Su dolor era sofocante. Desde hacía años venía aguantando, paciente, encandilada. Sin embargo, esta era la primera vez que la veía dispuesta a avanzar. Pero ¿qué haríamos con el cuerpo? ¿Qué le diría a la cana cuando la interrogasen? Yo no iba a dejar pasar la oportunidad. Algo tenía que morir, pero matarlo era un delirio.

Repasé todas las canciones de Amy buscando un consejo, alguna pista, y nada. Las pibas de Inglaterra se zarpan de alcohol y pastis pero ¿ninguna tiene que salir a medianoche a rescatar a una amiga de un vínculo de mierda? ¿Por eso serán países del primer mundo? Nada seguía buscando alternativas para asesinarlo, mientras puteaba a sus viejos por hacerla tan boluda. Repartía insultos a dos manos. La escuchaba sin poder meter bocado. Su mantra de desquites empezó a darme sueño. Quizás no podía hacer nada. Nada más que acompañarla.

Una corriente de aire helado me sacudió. Bostecé y estiré las patas hasta el apoyabrazos. En el sillón no había nadie. La taza de té estaba vacía, al lado había varios papeles fileteados. El frío no cesaba. Las puertas del balcón estaban abiertas de par en par. No lograba ver bien, aún estaba un toque adormecida. Las cortinas se agitaban hacia adentro y hacia afuera como olas. Más allá, lejos de los ventanales, algo danzaba en el cielo.

No podía creerlo. Con sus manos rozaba las estrellas. El viento la bamboleaba de derecha a izquierda, parecía un barrilete a punto de despegar. La baranda apenas le sostenía las rodillas, tenía medio cuerpo afuera. El aire la embolsaba, y ella, con la frente pegada a la luna, largaba unos alaridos oscuros. Aprovechaba el envión y arañaba el azul inmenso.

Cuando parecía que una ráfaga iba a llevársela, hinchó los pulmones, con-

trajo su peso y, dando un salto hacia atrás, cayó liviana al piso. Largó el aire, aflojó los hombros, se dio media vuelta y, a paso lento, como una gacela saciada, volvió al sillón. Me peinó con su mirada mansa, abrazó un almohadón y se acurrucó.

Tenía los párpados serenos, la mirada firme, el rostro renovado. En silencio, movía la cabeza de un lado al otro, como si reiterase una negación. Me levanté a cerrar las ventanas. El ambiente estaba helado. Ella seguía en remera. Con un *rush* bordó dibujaba esferas, mares, gaviotas y botellas dispersas en una servilleta. No quería interrumpirla. Respiraba profundo y los pliegues de sus labios, por momentos, se estiraban, formando algo similar a una sonrisa.

Con una voz áspera y tierna murmuraba plegarias y conjuros. *Y morirme contigo si te matan y matarme contigo si te mueres, porque el amor cuando no muere mata, porque amores que matan...* La canción que le encantaba a mi vieja, la repetía una y otra vez. Algo bueno estaba pasando. Una unión sideral, una onda de su virgen, un código divino. Algo que se sentía piola.

La abracé por la espalda, apoyé mi cabeza sobre la suya, y le recordé que la quería. Que si ella necesitaba podíamos ir a buscarlo, apretarlo para que le devolviese la guita, o putearlo de arriba a abajo. Si prefería, podíamos esperar a que apareciera. A los amores viciosos hay que matarlos antes de que te maten. O bien, podíamos dedicarnos a dibujar otros mundos. Quizás era tiempo de renovar Azuquitar, ponerle color, buscarle otro nombre. En el verano podríamos viajar, culo en la arena, licuaditos en la orilla y corazones de fiesta.

AILÉN STRANGES (GANADORA)

(...)

—Vos pensás que matándolo vas a anular el sufrimiento que te causa Sergio, pero el problema no es él. Pensalo un minuto. Terminala con querer darle un sentido a su existencia porque la que se tiene que tratar para averiguar qué es lo que realmente te causa ese dolor sos vos, Nanda —le dije tajante, sin darle lugar a la palabra.

—Ay, amiga ya lo sé. No puedo creer que te lo hayas tomado tan literal —me dijo, mientras se secaba la cara con la manga del buzo.

Ella insistió en subir al departamento porque quería tomar agua, así que llamé al ascensor.

—¿Pero vos sos boluda? Obvio que lo tomé literal. Mil veces te pregunté si lo decías en serio —le contesté gritando, mientras apretaba el botón que nos llevaría a su departamento.

Nanda me miró fijo e hizo una pequeña mueca con la boca que parecía ser el principio de una sonrisa. Pero enseguida desapareció. En el fondo, siempre supe que no quería matar a Sergio clavándole un cuchillo, o pegándole un tiro, o pasándolo de merca. Pero como una nunca termina de conocer a las personas, me permití dudarle. Lo peor de todo esto es que acabo de caer en la cuenta de que me despertó del sueño que estaba teniendo con la Amy de *Frank* por algo que al final no era de vida o muerte.

La casa de Nanda estaba repleta de colores. Tenía plantas, mandalas, almohadones, atrapasueños, un cuadro enorme con la cara de Frida y calaveras pintadas por ella en todas partes. Nanda sacó una botella de agua de la heladera y empezamos a hablar tiradas en el sillón. Me preguntó si en serio, con ese aspecto, la creía capaz de matar a alguien:

—Soy una máquina que sostiene todo: sostengo azuquítar, sostengo mis vínculos, sostengo mi casa y sostengo a este forro que lo único que hace es usarme para ir y venir cuando se le canta. ¿Me vio la cara? ¿Tan estúpida voy a ser?

Nanda estaba muy angustiada y en ningún momento dejó de llorar. Ella es de esas personas que pueden llorar y hablar a la vez sin ahogarse. Estaba muy acelerada y gesticulaba como nunca, pero logré interrumpirla:

—¿Ustedes cogen?

Hizo silencio y me dijo que por qué le hacía esa pregunta. Ahí empezamos a matar a Sergio. Le propuse que pensáramos la diferencia entre tener un novio, un hermano o un hijo, que es lo que Sergio parecía ser en su vida, un niño. No me dijo nada, así que volví a preguntar:

—¿No pensaste en que a lo mejor Sergio está de novio con la droga y no con vos? Está claro que los dos tienen una dependencia enorme, pero la tuya es con él y la de él es con la frula.

Entonces le conté que en el grupo de Adictos a Personas —que, dicho sea de paso, fue un lugar que eligió ella para llevarme pero que no fue capaz de sostener para revertir sus elecciones— había conocido a un flaco que hacía más de un año que asistía porque estaba intentando recuperar el deseo sexual. Explicó que se le había ido cuando empezó a consumir y que no había podido canalizar el deseo en lo sexual porque la satisfacción para él estaba en la droga. Re flashero. Y se me había ocurrido que a lo mejor Sergio estaba en esa. ¿La droga sería mejor que un orgasmo? Me resultó inevitable no pensar en Amy. ¿Tendrían sexo con Blake?

Para terminarle la idea a Nanda, le conté que en el grupo nos explicaron que lo que no se puede decir, se actúa. Corta. Como cuando sos chico y montás un circo para que te den golosinas. Y me di cuenta de que tenían razón, que Beltrán consumía fafafa porque había cosas que no podía decir. Un viaje del que, la verdad, no pensaba hacerme cargo. Pero Beltrán era un garche para mí. Las dos sabíamos que no podíamos comparar mi historia con la de ella, porque Sergio para Nanda no era un garche. Literal. Y ella tenía que entender que Sergio se iba porque no podía decir ni hacer otra cosa.

Me dijo que captaba el punto pero que iba más allá de eso. Entonces buscó un ejemplo para que yo pudiera comprender lo que sentía.

—Sergio es para mí lo que para vos es el cigarrillo. Sabés que te hace mal, sabés que tenés que dejarlo, pero no podés. Cada vez que intentás fumar menos, surge algo que hace que no puedas y volvés a fumar un montón. Es un ritual para vos: te sentás tranquila, agarrás el liyo, ponés el tabaco, lo emparejás para que entre la cantidad que a vos te gusta, ponés el filtro, lo empezás a enrollar, le pasás la lengua para pegarlo y disfrutás ese momento para que quede hermoso. ¿Cuánto tiempo pasó en todo ese proceso? Tenés una banda de segundos para arrepentirte y no fumarlo, pero lo hacés igual.

Las dos nos quedamos pensando. Mi mayor miedo, creo, era que el próximo fuera un Sergio con otro nombre. O peor. Nanda me dejó poner la *playlist* que estaba escuchando en el taxi. Le conté que en el viaje a su casa me había dado cuenta de que era adicta a Amy. Se rio y me dijo que le pasara la receta, que ella también prefería ser adicta a un famoso que ya no existe. Le discutí y le dije que sí existía, que mientras yo estuviese viva, Amy iba a existir.

Como era obvio y esperable, me armé un pucho mientras nos tomamos unas cervezas. En ese instante, todo parecía estar bien. Nanda había dejado de llorar y me hablaba de música.

—¿Mirá si me obsesiono con Belinda y no puedo salir de esa?

Estallamos de risa y nos pusimos a bailar “Egoísta”, la canción que tiene con Pitbull. Nanda se subió a una silla y, con la botella de agua como micrófono, se hacía la mexicana. Ahí me di cuenta de que extrañaba a esa Nanda, a mi amiga de toda la vida. A una Nanda que había dejado de ser mi Nanda hacía ya un tiempo. Pero de un momento a otro apagó la música y dijo:

—¿Me estás jodiendo?

Había sonado el timbre.

ROCÍO WEGMAN (MENCIÓN SUB18)

(...)

Subimos las dos a su departamento. Nanda, colapsada, no dejaba de hablar de asesinato.

—No hay forma de que yo deje de pensar en un Sergio que camina destruido por la calle, a la madrugada, para que yo realmente deje de pensar en él. Tenemos que hacer que no exista más.

Y como si fuera poco, agregó:

—Vos me lo debés, no solo por lo de Beltrán. Yo siempre estuve ahí, y ahora te necesito yo a vos. Dale, ayudame.

Instantes después de su pedido inadmisible, sonó el timbre. Nuestros cuerpos se congelaron al instante. La miré. Era un pitido agudo y sostenido que venía de la cocina. Nanda contestó:

—¿Qué pasa? Estás muy drogado, Sergio... Okey, ya bajo, pero esperá.

Tras cortar la comunicación, con mucha seguridad sacó de su mochila azul marino paquetes con azuquítar. Los tiró por el inodoro, prometiéndome que no lo iba a matar, pero diciéndome también que necesitaba hablar con él. Le creí. Me pidió que me quedara en su dormitorio, así hablaban solos. Quise irme, pero me suplicó que no lo hiciera. Le hice caso. Ella bajó y yo me quede sentada en la cama, preocupada, esperando.

Los escuche recién en el ascensor. Estaban a los gritos, los dos llorando. Sergio estaba muy drogado, se le notaba fácil, sin mirarlo. Nunca había presenciado de esa forma una discusión entre Nanda y Sergio. Ella a veces me las contaba, pero en su relato siempre procuraba dejarlo bien.

Sergio golpeaba las paredes, le pedía a los gritos que no lo abandonase, le decía que la amaba, que por favor lo perdonase. Nanda se resistía en silencio y

lloraba, parecía que no iba a parar de llorar nunca. Después de un rato, Sergio se calmó y dijo que estaba muy cansado, que estaba fuera de sí, que necesitaba descansar. Fue hacia el cuarto y a mí me dio el tiempo justo para esconderme abajo de la cama.

Amy empieza a cantar muy bajo, me acompaña. Mi cuerpo está tenso, me duele la panza. El tiempo empieza a pasar despacio. Mi mente, en cámara lenta.

Nanda le dice a Sergio que no va a dormir en su cama. Le dice que no. Sergio no está acostumbrado. Primero insiste, pero después enloquece. Agarra una taza. Está llena hasta la mitad. El té se enfrió. Sergio le tira la taza a Nanda, gritando.

Abajo de la cama veo, al alcance de mi mano, todas las cosas que tiene para hacer gimnasia. Me acuerdo de cuando se las compró; a ella le encanta entrenar. Me doy cuenta de que, desde que está con Sergio, no entrena más. Agarro una pesa verde, de las más grandes. Pienso en cómo salir de abajo de la cama sin hacer un escándalo, siendo cautelosa. Canta Amy. "He left no time to regret".

Salgo de abajo de la cama, él advierte mi presencia, se da vuelta. Está muy drogado. Me ve y se altera demasiado. Camina hacia Nanda, la empuja, no para de gritarle. Veo a mi amiga en el piso y, sin pensarlo demasiado, le doy a Sergio con la pesa en la cabeza. Su cuerpo golpea en la cama y cae al piso. Está sangrando. ¿Está muerto?

Nanda llora para adentro en un rincón del cuarto. Se suena los mocos con la manga de su buzo y esconde la cabeza entre las rodillas. Está acurrucada, envuelta en su propio cuerpo.

¿Está muerto? La puerta de madera entreabierta me invita a salir corriendo, pero yo me quedo inmóvil, mirando fijo el cuerpo de Sergio desplomado sobre el piso frío.

¿Está muerto? ¿Cómo será que se llega a estar petrificada, mirando al novio drogadicto de tu amiga en el limbo de la muerte, con una pesa que no se quiere despegar de tu mano?

¿Está muerto? Sergio dependía de las drogas y Nanda dependía de Sergio. Yo dependo de Amy, del cigarrillo... y también un poco de Nanda. Me pregunto cuál de todas esas adicciones nos trajo a los tres a esta habitación.

¿Está muerto? Se escucha de fondo una ambulancia que parece anunciar el fin del mundo, pero sigue de largo.

¿Está muerto? Quiero llorar, pero no puedo.

¿Está muerto? Pienso en mis viejos. En mi perro. Pienso en mi cama y en el olor a raviolos de la abuela. ¿Cómo será que se llega? No lo vi venir, pude haberlo hecho hace cinco meses o hace cinco minutos. Pero, aun así, no lo vi venir. Pienso en cada una de esas veces que le dije a mi amiga que dejara a Sergio, en cada una de las charlas que solíamos tener, enterradas en esa cama que ahora está manchada con sangre.

¿Está muerto? Hace frío, pero no demasiado. Entra la luz del sol a través de los huecos de la persiana baja. Se escucha la tele del vecino a un volumen exagerado. Me detengo a mirar los cuadros del cuarto de Nanda. Los pintó su mamá, que pinta hermoso; yo tengo uno en el living de mi casa, me lo regalaron

hace poco. En la esquina, bajo el cuadro más lindo de todos, llora Nanda cada vez con menos ruido, aunque su llanto, como el canto de Amy, ya se convirtió en sonido de fondo.

¿Está muerto? Dejo caer la pesa casi involuntariamente, me tiembla la mano. Miro a Nanda pero no me devuelve la mirada. No se mueve desde que salí del escondite, no me grita ni me abraza. Está sola. Estoy sola.

¿Está muerto? Estoy desesperada. Antes de esconderme abajo de esa cama, yo era otra. Esto no es un sueño. ¿Está pasando? Está pasando. Yo di ese golpe, ¿y ahora qué?

¿Está muerto? Es que pensé que estas cosas solo les pasaban a otros.

¿Está muerto? Me animo a moverme lentamente, me acerco a él. Le hablo, pero no me responde. Le grito. Lo muevo. Miro el techo. Miro a Nanda. Llora. Le tomo el pulso. Fui yo.

Está muerto. Se escucha con claridad la voz de Amy: "Back to black".

GANADORES



MENCIONES



MENCIONES SUB18



CLAUDIO MARCUCCI (ROSARIO, 1990)

Una historia que se narra.
Un escritor que nos cuenta.
Un personaje que vive y que a alguien nos recuerda.
Una frase que nos toca y un sentimiento despierta.
La palabra concientiza, nos cuida, nos enseña.

Al igual que muchos otros participantes, tuve el gusto de formar parte de este concurso. Al igual que esas otras voces, tuve las ganas de contar el final de dos historias. La intención de brindar un pequeño aporte, poder tender una mano desde el papel entrelazando un puñado de palabras. Vale la pena...

FRANCO ROSSI (CABA, 1987)

En primer grado aprendí a escribir algunas frases, y conocí algunas de las propiedades del lenguaje. Sin embargo, fue en séptimo grado cuando descubrí los poderes mágicos de la palabra: me di cuenta de que la única opción que tenía para que mi vieja me levantara las penitencias era redactándole cartas con reflexiones y promesas. Así logré salir a callejear con mis amistades y saborear las tardes de mi barrio. Cuando terminé el secundario, estudié un poco de guitarra y cursé el CBC de Psicología. A la par, trabajé animando fiestas, en peloteros, y otras changas. Al poco tiempo, me harté de todo y cursé el magisterio. Otra vez me encontré escribiendo, ahora en pizarras y cuadernos. Hoy estudio Sociología, trabajo en el Instituto Vocacional de Arte y escribo de vicio. Este modo de expresión, que me posibilitó acceder a ciertos goces y a otros tantos peligros, a fin de cuentas hoy me permite ser parte de este concurso.

AILÉN STRANGES (MAR DEL PLATA, 1993)

El 17 de abril recibí un mensaje de mi mamá por Whatsapp con una imagen. La foto era una captura de pantalla de una publicación de Facebook que había hecho María Clara Areta, una colega y amiga suya de hace varios años. "Concurso de cuentos Los jóvenes y la creación: Contá el final de la historia", decía.

Mi vínculo con la lectura y la escritura data de hace muchos años, pero nunca me había presentado a concursos literarios. Sin embargo, esta vez fue diferente. Estaba encerrada, trabajando desde mi casa, sin saber qué hacer además de limpiar, lavar, ordenar, cocinar y esos verbos en infinitivo que me agotan de solo pensarlos.

Así que entré, leí las bases y la propuesta. Si bien el tema me encantaba y conocía algo sobre adicciones, había cosas que me eran completamente ajenas. Entonces, le pedí ayuda a mi mamá, psicóloga, para que me recomendara bibliografía, videos, lo que fuera necesario para tener herramientas. Conocer las reglas gramaticales no es suficiente para escribir. Para escribir hay que leer y saber escuchar.

Y eso hice. Durante varios días me senté a leer y a ver las clases de Psicoadicciones que dicta María Clara con su equipo de trabajo en la Universidad Nacional de Mar del Plata y que están en Youtube. Y, particularmente una que se titula "Las adicciones, clínica del acto". Y fue así como me metí en un mundo muy interesante que me iba a permitir pensar y analizar qué reacciones podían (o no) tener los personajes de los cuentos.

Después, armé cuadros comparativos, que aún conservo, con las características de los personajes y sus transformaciones. Era la primera vez que me enfrentaba a la escritura de textos que habían pensado otras personas y eso me generaba ansiedad. Tenía solo tres páginas en Arial cuerpo 12, interlineado 1,5 para decir algo. Y ese algo no tenía que ser una solución a la vida de Gonzalo ni a la vida de Nanda, tenía que ser una escena que graficara quiénes eran y cómo pensaban.

Entonces rompí la hoja en blanco y seguí buscando más información porque, entre muchas cosas, quería describir cómo se armaba un cigarrillo sin haber armado uno antes; leí y escuché más historias sobre adicciones, intercambié ideas con mi vieja, que, dicho sea de paso, la cuarentena obligatoria y el concurso nos reconectó desde otro lugar y ella me leyó con el ojo crítico que yo necesitaba.

Y así, después de varias lecturas, escrituras, relecturas y reescrituras, terminé los finales. Apliqué, o intenté aplicar, la famosa “teoría del *iceberg*” del tan querido Ernest Hemingway, quien nos invita, como escritores y escritoras, a contar solo una pequeña parte de la historia, para que el lector o la lectora imagine e interprete el resto. Sin más, los y las invito a leer esta propuesta increíble que nos hizo Grupo Diez.

CAROLINA FERNANDA GÓMEZ (SAN FRANCISCO SOLANO, 1995)

Son dos las razones que me llevaron a concursar: la primera, el amor que le tengo a crear historias, personajes, emociones; en definitiva, a crear vida. El segundo motivo, fue haber leído el cuento “Amigos”. Sentí que esa historia agri dulce me atravesó el alma por completo y no podía dejarla ahí, en pausa, sin un final, por lo que decidí crear un desenlace que estuviera a la altura, con emociones, altibajos, puntos de giro y un final sublime que invitara a reflexionar sobre la vida, la muerte, el valor de la amistad y, ante todo, sobre eso que hace únicas a las personas: su esencia, la que, creo yo, nunca muere.

Confieso que nunca había participado de ningún concurso literario ni me había detenido a escribir un cuento como tal. Mi experiencia con la palabra escrita siempre fue como guionista cinematográfica y periodista. Pero al leer el cuento “Amigos” y sentir tan cerca a los personajes y sus necesidades, las ideas fluyeron por sí solas. Al día de hoy, cuando vuelvo a leer el cuento completo, siento una montaña rusa de emociones, y reconozco que, con la última oración, se me pone la piel de gallina y los ojos se me llenan de lágrimas.

Si con esas últimas palabras logré provocar lo mismo en el lector, puedo decir con una sonrisa que mi objetivo está más que cumplido.

GUADALUPE OCHOA (CÓRDOBA, 1992)

El acto de escribir nace desde un profundo deseo. No sólo entretiene, a quien lee y escribe, sino que emociona e interpela. Es poner el impulso creativo a disposición de un mensaje, en este caso el consumo problemático de sustancias.

Fue una experiencia muy satisfactoria, porque fue adentrarme en situaciones cotidianas, reales, nítidas y darles un giro positivo. Hay un límite muy fino entre la ficción y la realidad. Agradezco este concurso porque escribir también sana y libera. ¡Gracias por la mención!

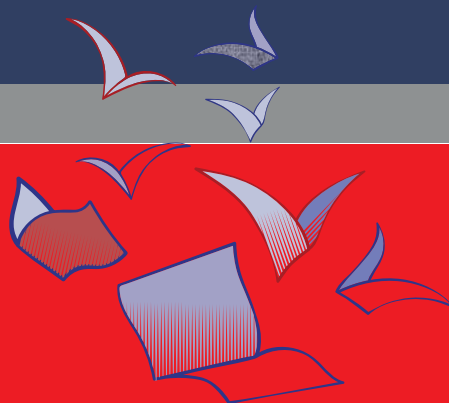
JOSEFINA COLAVITA (MAR DEL PLATA, 2006)

Soy Josefina Colavita, tengo 13 años, y vivo en Mar del Plata. Este es mi primer concurso literario, y es una experiencia que aprecio muchísimo. Lo que me llevó a querer escribir y participar del concurso fueron las ganas de abordar una temática social tan importante como las adicciones. Fue muy interesante ponerme en la piel de esos jóvenes y reflexionar sobre cómo reaccionarían los adolescentes en situaciones límite.

ROCÍO WEGMAN (CABA, 2003)

La cuarentena resultó para mí, en especial los primeros meses, un complejo pasar del tiempo, con el intento (muchas veces sin resultado) de poder generar estímulos, que me permitieran pensar, hacer y escribir. La aparición del concurso se convirtió en un estímulo que me permitió reflexionar y escribir, en un momento en el que me estaba costando juntar la energía necesaria como para hacer esto que a la larga, me hace tan bien. El desafío que resultó para mí, y el factor de la fecha de entrega, me obligaron a enfrentarme a la hoja en blanco (que esta vez, tan blanca no estaba).

El final de Azuquitar surgió rozando la fecha de entrega, habiendo leído ya innumerables veces su comienzo. Me había gustado mucho la historia, y quería buscar una estructura algo diferente para el cierre. El proceso de escritura me obligó a pensar y repensar sobre las adicciones; surgieron en mí preguntas e ideas nuevas. Finalmente, intenté desparramar primero y ordenar después todas esas ideas que estaban en mi cabeza junto con esas otras ideas que surgen siempre cuando uno se sienta a escribir.



Ganadores

CLAUDIO MARCUCCI
FRANCO ROSSI
AILÉN STRANGES

Menciones

CAROLINA GÓMEZ
GUADALUPE OCHOA

Menciones sub 18

JOSEFINA COLAVITA
ROCÍO WEGMAN



GRUPO DIEZ ASISTENCIA Y PREVENCIÓN DE LAS ADICCIONES

Guatemala 4260. PB. Dpto G. (CPA 1425) Buenos Aires, Argentina | (5411) 4866 6549 - 15 40 45 38 78

✉ info@grupodiez.com.ar | 🌐 www.grupodiez.com.ar | 📘 Grupo Diez